

RAZONES DE UN INCRÉDULO



Carlos Saura Garre

Maestro de Escuela

carlosaura06@gmail.com

RAZONES de un INCRÉDULO

A la memoria de mi padre

Fue el miedo quien primero creó los
dioses en la tierra.

Lucrecio

La religión es el gemido del oprimido,
el sentimiento de un mundo sin corazón.

Karl Marx

No, nuestra ciencia no es una ilusión.
En cambio sí lo sería creer que podemos
obtener en otra parte cualquiera lo que ella
no puede darnos.

S. Freud

Índice

Advertencia, 9

Los dioses

1. A nuestra imagen y semejanza, 13
2. Los dioses perdidos, 21
3. Supermercado de dioses, 24

El abismo

4. El dios escondido, 29
5. La evidencia imposible, 39
6. El hogar de los dioses, 43
7. El mito de las almas, 49

La filosofía entra en escena

8. ¿No hay reloj sin relojero?, 55
9. Flor de un día, 61

Los dioses intervienen

10. Mensajes del más allá, 69
11. Carne divina, 77

Orígenes y desarrollo

12. El árbol, 85
13. La cebolla, 89

Apéndice I: La Naturaleza como hierofanía, 95

Apéndice II: Todos somos ateos, 104

Resumen, 107

Relación de nombres y conceptos, 109

Bibliografía consultada, 115

ADVERTENCIA

En este escrito no se pretende demostrar la inexistencia de dioses y demás entidades del Más Allá, algo que nadie ha conseguido por la sencilla razón de que resulta imposible de toda imposibilidad, ya que el Más Allá y sus habitantes no pueden ser objetos de experimentación.

Aquí no se demuestra nada, solo se muestran algunos hechos, es decir, realidades fácilmente constatables, que no casan bien con lo que manifiestan las religiones y sus creencias.

NOTA. Los vocablos destacados en negrita son los que se han relacionado al final por orden alfabético. De esta forma le resultará más fácil encontrar alguno de ellos si lo ha buscado en esa relación final.

Los dioses

1. A nuestra imagen y semejanza
2. Los dioses perdidos
3. Supermercado de dioses

1. A NUESTRA IMAGEN y SEMEJANZA

El mundo de los dioses es endiabladamente complejo. Sesudos especialistas han escrito centenares de voluminosos tomos e infinidad de artículos y ensayos para abarcar esa complejidad: historiadores, antropólogos, sociólogos, a los que hay que añadir la multitud de teólogos, exegetas, hermeneutas, etc. Aquí nos vamos a centrar en una sola cuestión: el **antropomorfismo** referido a los dioses, es decir, el extraordinario parecido que hay entre los dioses y los hombres, algo inevitable, como veremos al final de este capítulo. **Jenófanes**, el poeta griego del siglo V a.e.c., argumentaba irónicamente: “Si caballos, bueyes y leones pudieran, pintarían a los dioses a su propia imagen”. Algunas culturas han hecho un cierto esfuerzo por representar a los dioses mediante símbolos, que, a la postre, han resultado ser también antropomorfos. O zoomorfos, como en el Egipto antiguo, por ejemplo.

Con el término antropomorfismo no nos referimos sólo al hecho de que los seres sobrenaturales tengan forma humana. El comportamiento de estas divinidades también es parecido al nuestro. En las religiones politeístas, tanto las ya desaparecidas como las que aún existen, ese antropomorfismo es totalmente descarado. Los relatos conservados acerca de los dioses nos los muestran haciendo, y sintiendo, lo mismo que nosotros: se casan, procrean, comen, viven en un lugar determinado, y sienten amor, odio, celos, ira o benevolencia. El ejemplo más antiguo, hace ahora unos 5000 años, nos lo dieron los **sumerios** (al sur del Irak actual), quienes organizaron el mundo divino a imagen del terrestre: El panteón sumerio era una asamblea de dioses organizados de forma jerárquica que se encargaban de guardar el orden en la naturaleza y la sociedad.

LOS DIOSES y LA SOCIEDAD

Cada uno de estos dioses tenía a su cargo un determinado elemento del universo. Se repartían el gobierno de los cuerpos celestes, las fuerzas atmosféricas, los ríos, las montañas y las llanuras. Los elementos diversos de la civilización, como las ciudades y Estados, los diques, los campos y las granjas, y hasta ciertos instrumentos y herramientas, como el pico, el molde de hacer ladrillos y el arado. ¿Cómo habían llegado a este concepto? Su razonamiento había partido de la sociedad humana, tal y como ellos la conocían. Sabiendo que todas las ciudades y comarcas, los palacios y los templos, los campos y las alquerías, todas las instituciones, en fin, estaban construidas, vigiladas, dirigidas e inspeccionadas por seres humanos, sin los cuales tanto el campo como la ciudad caerían en la desolación, los templos y los palacios se derrumbarían, los huertos y las granjas quedarían desiertos; de todo ello sacaron la conclusión de que hasta el “cosmos” debía de estar entretenido, dirigido y vigilado por seres vivientes parecidos a los humanos. Pero dado que el universo era mucho más vasto que la tierra y mucho más complejo, esos seres vivientes encargados de su custodia debían ser a su vez mucho más poderosos y, por encima de todo, inmortales; de no ser así, a su muerte, el universo volvería al desorden y el mundo se detendría.

(S. **Noah Kramer**, La Historia empieza en Sumer, Ed.Orbis)

Otro rasgo característico es el extremo parecido con los monarcas de la tierra, a quienes siempre, estuvo encomendado el mante-

nimiento del orden, la justicia, los castigos o las distinciones y recompensas, y que exigían a sus súbditos tributos, pleitesía y temor. De ellos procede el bienestar material, y debemos obedecer sus decretos, para que toda la sociedad funcione. Se rodean de una corte y tienen ministros y mensajeros, viven en un lugar privilegiado donde no falta nada. Excepto en su poder sobre la naturaleza, los dioses son una réplica exacta de los antiguos monarcas: reyes, emperadores y demás títulos de poder soberano.

Pero no se trata de que ese sospechoso antropomorfismo sólo haya despertado la curiosidad de los hombres de nuestros días, pues ya en la antigüedad clásica, algunos filósofos fueron conscientes de la irracionalidad de esta característica de los dioses.

En su *Política*, **Aristóteles** escribía agudamente: “Todos los hombres dicen que los dioses se gobiernan monárquicamente, porque también ellos mismos se gobernaban así al principio, de la misma manera que representándolos a su imagen, asemejan también a la suya la vida de los dioses”.

Y **Cicerón** llegaba más lejos: ‘...los poetas han representado a los dioses encendidos por la cólera y enloquecidos por la concupiscencia, y han desplegado ante nuestras miradas sus guerras, sus luchas y sus heridas, sus odios, sus enemistades, sus nacimientos y sus muertes, sus lamentaciones, sus adulterios, sus uniones con los seres humanos, y el nacimiento de una progenie mortal hija de un progenitor inmortal” (*Sobre la naturaleza de los dioses*)

LOS DEVANEOS AMOROSOS de ZEUS

Zeus, el dios de dioses, sintió una intensa pasión por Alcmena, esposa de Anfitrión. Durante la ausencia de éste, el supremo dios adoptó su figura y, debido al engaño, la diosa se acostó con él. Para alargar el tiempo del goce erótico, Zeus triplicó la duración de la noche. Así mismo, Zeus se enamoró de la princesa Leda y la poseyó bajo la apariencia de un cisne, engendrando a Helena y Pólux. De sus muchos amoríos sólo se le conoce una aventura homosexual: el tro-yano **Ganímedes**. Zeus lo raptó valiéndose de un águila, símbolo de la realeza, que elevó a su amado al Olimpo, donde pasó a ser el escanciador del néctar, bebida de los dioses.

(Jesús **Rguez Andrados**, "Dioses y héroes", Aula Salvat)

Pudiera pensarse que el dios hebreo, el cristiano o el musulmán, son drásticamente diferentes de esas divinidades. Efectivamente, el dios hebreo y los intérpretes del **Corán** prohíben toda imagen divina a sus seguidores, ninguno de los tres mantiene relaciones sexuales, ni con diosas ni con humanos, y el panteón de estas divinidades sólo está compuesto por el Dios único y sus ángeles.

Sin embargo, cada uno de ellos aún posee rasgos humanos característicos. Empecemos por Isaías: «He aquí que viene de lejos el Nombre de YHWH. / Ardiente es su **cólera**, pesada, aplastante. / **Sus labios** están hinchados de furor, / **su lengua**, un fuego devorador, / **su aliento**, un torrente que se desborda, / sube hasta la **garganta**. / Viene a sacudir a las naciones con una sacudida fatal, / a poner en las mandíbulas de los pueblos un bocado que les haga divagar» (Is 30,27-28)

Al dios hebreo le gusta que le ofrezcan sacrificios de animales, a los que considera como su alimento, *manjares míos abrasados de calmante aroma* (**Números** 28, 2), que **Yahvé** “se come” enviando un fuego divino que abrasa las carnes sacrificadas, y que le calma cuando sufre un ataque de cólera (**Génesis** 8,21). La ira del dios hebreo es sobrecogedora. Su misericordia también es una realidad, pero ambas andan de la mano: *En él hay misericordia, pero también hay cólera, y en los pecadores se desahoga su furor* (**Eclesiástico** 5,5-7) Como un ser humano cualquiera que ostenta el poder, siente celos terribles de sus competidores, en este caso los otros dioses: *No te postrarás ante ellas (las imágenes) ni les darás culto, porque yo, **Yahvé**, soy un dios celoso* (**Éxodo** 20,5) A esas otras divinidades las odia y las declara inexistentes.

Tanto los rasgos positivos como los negativos son tan humanos como los de un monarca absoluto que vela por los suyos, pero que no les perdona la menor desviación. Como la realeza humana, se rodea de una corte de criaturas sobrenaturales, pero inferiores a él, puesto que le sirven. Yahvé tiene sus ministros, mensajeros e incluso espías. Se les llama Hijos de Dios o bien Hijos de los dioses, y se deja bien claro que ni siquiera de ellos se fía (**Job** 4,18) Yahvé, no obstante, celebra asambleas con esas criaturas (**Job** 1,6), que más tarde se identificaron con los ángeles (Véase que esto último es un proceso de **cambio** debido a la intervención humana; otros muchos afectan a todas las religiones a través del tiempo)

Por otra parte, hay ocasiones en las que Yahvé no sabe que algo ha sucedido, como cuando le pregunta a Adán por qué se oculta de su vista. O bien ignora el futuro: *Es que Yahvé os pone a prueba para ver si verdaderamente le amáis* (**Deuteronomio** 13,4) Un dios que todo lo sabe no necesitaría poner a prueba a nadie. Tampoco debería contradecirse: Yahvé ordena “no matarás”, pero en otras ocasiones conmina a los suyos a asesinar a los enemigos, incluidos niños, mujeres y ancianos; o bien afirma que los

pecados de los padres los pagarán los hijos y nietos, pero más adelante dice que cada uno pagará por sus propios pecados. Y para que esa imagen humana resulte definitiva, incluso se arrepiente de algunos de sus actos (**Génesis 6,5-6**) Y es interesante y sorprendente, verle plantando árboles, actuando como un alfarero, paseando por el jardín de Edén o fabricando túnicas de piel para la primera pareja, avergonzada de andar desnudos.

Cuando Jesús aparece, **Yahvé** había perdido muchos de sus rasgos humanos, especialmente los negativos (observamos, de nuevo, la sujeción a los **cambios** de todas las creencias religiosas) La famosa cólera divina ha desaparecido prácticamente (me refiero a los textos del Nuevo Testamento) Pero el dios de Jesús sigue siendo un personaje masculino que, además, tiene un hijo. Se trata de una filiación cuasi biológica, pues el Padre lo engendra en el vientre de una muchacha judía. No hay aquí ningún acto sexual como en los antiguos y modernos dioses, pero la idea es la misma: un dios deja embarazada a una mujer, y su descendiente es en verdad “hijo” de ese dios. Como en el politeísmo, aunque las circunstancias sean tan diferentes. (La filiación divina de la segunda persona de la **Trinidad**, aunque sea engendrada desde toda la eternidad, nada quita a la imagen paterna de la primera)

El dios cristiano sigue viviendo en un lugar especial, el cielo que se ve desde la Tierra, rodeado de cortesanos a los que se llama ángeles y santos. Hoy día, las autoridades cristianas han decidido que el Cielo no existe como lugar, se trata de un “estado” de felicidad en el que se puede disfrutar del conocimiento de Dios. Pero no hay nada en la Escritura que confirme esta idea, y sí está claro que el Cielo es el hogar de Dios, como se observa en toda la **Biblia** hebrea (sería interminable citar todos los textos que hablan del tema) y en el **Nuevo Testamento**, empezando por la oración por excelencia: “padrenuestro, que estás en los Cielos”.

Al-lah, el dios musulmán, también del género masculino, solo habla a los varones, tiene manos y, por consiguiente, cuerpo, y un

trono, para sentarse. Prueba a los mortales para saber cómo van a responder (**Corán** 27, 40), demostrando que no es tan omnisciente como él mismo pregona, o elige a su antojo a quienes han de disfrutar de los bienes de la gloria (Corán 14,4), como haría un rey que gusta de mostrar su poder y, como tal, rechaza a los que no creen, no les ama (**Corán** 16,23 / 30,45). Imita a Yahvé en su actitud hacia las otras deidades (Corán, 4,48): creer en ellas es el peor de los pecados.

Lo más humano de **Al-lah** son las descripciones que hace del paraíso y del infierno, una verdadera explosión de antropomorfismo. Un ejemplo muy breve del Jardín: *Descansando en sus asientos circulará la copa con agua límpida que no ofuscará su razón, y tendrán vírgenes de mirada modesta, de grandes ojos negros... Tendrán dos jardines frondosos, con dos fuentes manando cada uno, dos especies de cada fruta, y descansarán en alfombras con forros de brocado...*

Estos no son más que algunos ejemplos, y a vuelapluma, de la visión humana que tenemos acerca de los dioses, pero hay muchos más, por supuesto, repartidos por los mitos y libros sagrados de cada una de las religiones.

Por otra parte, en las religiones monoteístas constatamos un progreso en concebir a la divinidad (es un espíritu puro, es independiente de todo condicionamiento, existe por sí mismo y desde toda la eternidad, etc.), pero que, paradójicamente, es un producto de la razón especulativa, la tarea de siglos de filósofos y teólogos. Aún así, los rasgos antropomórficos permanecen, tanto en los libros sagrados como en la predicación o la mente popular.

Pero, ¿qué importancia tiene el hecho del **antropomorfismo** para que se convierta en un argumento contra la existencia de lo sobrenatural? Sucede que es una barrera definitiva entre lo humano y lo divino. Viene a decirnos que no tenemos capacidad intelectual para llegar a ningún conocimiento acerca de la divinidad; que estamos inmersas en categorías puramente naturales,

como veremos más adelante, hasta el punto de que nos resulta imposible ni siquiera imaginar algo distinto de nosotros y del mundo que nos rodea. En realidad, se trata de una verdadera ley, en este caso psicológica que todos, absolutamente todos, estamos obligados a cumplir inexorablemente:

Cualquier entidad, lugar o circunstancia que decidamos imaginar, se parecerá, obligatoriamente, a nosotros y a nuestro mundo.

Un obstáculo así queda corroborado por la experimentación: Lo acabamos de ver en los mundo sobrenaturales de las distintas religiones, pero también cuando intentamos imaginar lugares, circunstancias o entes como, los alienígenas, los elfos, hadas, sirenas, centauros, ninfas, sátiros, etc. Existe una espléndida literatura de ciencia ficción que nos entretiene creando mundos fantásticos poblados de criaturas extrañas que se desenvuelven en circunstancias sorprendentes; sin embargo, todo lector de este género sabe perfectamente cuánto se parecen esos mundos, esas criaturas y esas circunstancias a las nuestras. No hay más que ver las películas de alienígenas para descubrir a seres de aspecto extravagante, a veces bellos, a veces risibles, pero siempre con rasgos humanos y elementos propios de nuestra humanidad.

De esta y otras barreras entre lo sobrenatural y nosotros, hablaremos a lo largo de estas páginas.

2. LOS DIOSES PERDIDOS

Desde los tiempos más remotos, dioses y diosas o seres casi divinos se contaban por millares. Su enumeración sería demasiado prolija y fastidiosa, pero resulta oportuno, para mejor comprensión de lo que queremos decir, dar algunos datos generales.

Prescindiendo de las creencias religiosas del extenso período que llamamos **Prehistoria**, acerca de las cuales sólo podemos hacer conjeturas, nos basta con recordar las divinidades que se adoraban en Sumeria o en Akadia, ambas en el valle de Tigris-Éufrates, donde cada ciudad tenía su propio dios, allá por los tiempos más lejanos del Oriente Próximo, y que más tarde fueron enriquecidas con nuevos dioses y diosas durante los imperios asirio y babilónico. En aquella misma área, habría que mencionar a las divinidades fenicias, cananeas, hititas y persas, las de los antiguos pobladores de Arabia, los de Egipto y otros muchos pueblos y tribus. Añadamos los numerosos dioses griegos y romanos, los de la Europa ajena al Imperio (germanos, eslavos, bálticos, celtas), los de China y Japón antiguos, aquellos otros de los que se conservan vestigios en las diversas civilizaciones precolombinas en todo el continente americano (pieles rojas, olmecas, mayas, aztecas, incas, etc.), y tendremos un cuadro aproximado de la ingente multitud de divinidades en las que la humanidad creyó durante siglos.

Es interesante destacar, además, el hecho de que, debido a los avatares políticos y culturales del transcurso de los siglos, muchas de esas entidades divinas sufrieron **cambios**, provocados por nosotros, más o menos profundos en su propia identidad: cambio de nombre al ser admitidos por otras comunidades, asimilación a otros dioses, descenso o ascenso en la jerarquía divina, pérdida de ciertos poderes, dedicación a nuevos quehaceres respecto a

los humanos y la naturaleza. De todo ello hay constancia en los documentos (tablas de arcilla, bajorrelieves, templos, pergaminos, etc.) que los arqueólogos han encontrado en muchos lugares.

Algunos dioses eran creadores, otros protegían una ciudad, o simplemente el hogar. En todas las religiones había dioses y diosas de la lluvia, de la tormenta, del viento, de las montañas, de la tierra y del mar, del fuego, del Sol, la Luna y los planetas conocidos, del aire y del cielo, de las profundidades subterráneas, de la guerra, de la fecundidad, de la agricultura, de la vegetación, de los ríos, del amor...

Todo ello no tendría más importancia que despertar la curiosidad de los eruditos, si no fuera por el hecho siguiente: En aquellos remotos tiempos, los humanos estaban convencidos de la existencia real de sus dioses y diosas, del mismo modo que hoy lo están musulmanes, cristianos o judíos respecto a su propio dios.

Y algo más: aquellos dioses y diosas influían en la vida personal y social como hoy lo hacen las divinidades monoteístas. Desde un extremo al otro del planeta, los creyentes levantaban rudimentarios o maravillosos templos en honor de sus divinidades, les ofrecían sacrificios de animales, a veces, de personas, elaboraban complicados rituales, celebraban festividades en su honor, se les consultaba (el pueblo, los sacerdotes, los gobernantes y los reyes) y esperaban de ellos su amparo y consuelo. Esas divinidades, a través de sus sacerdotes, influyeron en cuestiones tan decisivas como las guerras, el arte, la medicina, la literatura o las ciencias, e inspiraron veneración, reverencia, temor y esperanzas a generaciones enteras durante siglos.

Todos esos dioses han desaparecido. ¿Quién se acuerda ya del viejo **En-lil** sumerio, del gran **Marduk** babilónico, los egipcios **Isis**, **Osiris**, **Inana** o **Amón**, del supremo EL cananeo, de los grecorromanos **Zeus**, **Afrodita** o **Apolo**, del escandinavo **Thor**, o de los

precolombinos **Quetzacóalt** y **Viracocha**, por citar unos poquísimos ejemplos?

¿Qué ha sido de la poderosa diosa Himera? –se preguntaba, a principios del siglo XIX, el arqueólogo alemán **Robert Koldewey**- Abajo, al lado del ferrocarril, se hallan los miserables restos de aquel magnífico templo de antaño, algunas de cuyas columnas han servido para moderno establo, y donde las vacas se rascan en las estrías y no se comportan como deben dentro de un templo. En vista de esta realidad, lo único que se puede hacer es medir el templo, tener compasión de él y envidiar a las vacas...

A estas alturas, todo el mundo sabe que esa desaparición fue provocada por circunstancias puramente humanas: La extensión del cristianismo (con la inestimable ayuda de los emperadores romanos) a todo occidente y la invasión bélica musulmana hacia Asia y África. Es decir, fueron seres humanos los que realizaron esos **cambios**. Los dioses no decidieron desaparecer.

Pero siendo esto cierto, habrá que convenir que, en realidad, los entes celestiales estarían supeditados a las decisiones humanas. Porque no hay un dios cuya presencia pueda mantenerse en una sociedad si pierde a sus seguidores por cualquier circunstancia histórica. Los dioses “existen” porque tienen adeptos, fieles, devotos, adoradores, y sacerdotes, y teólogos, incluso disidentes y herejes, y templos, y ceremonias litúrgicas.

3. SUPERMERCADO de DIOSES

En la actualidad, quedan tantos dioses que nadie ha sido capaz de contarlos. Algunos han calculado que sólo en la **India** hay, aproximadamente, unos 330 millones (Las grandes religiones, Ed. Luis Miracles), una cifra realmente disparatada. Por lo visto, la mayoría son divinidades caseras o tribales, adoradas por un pequeño grupo de personas, pero así y todo es considerable.

A pesar de la invasión musulmana por casi la mitad del continente, en África se da culto todavía a los viejos dioses y espíritus de siempre. Algunos pasaron al otro lado del Atlántico con los esclavos capturados en el oeste africano, y hoy podemos constatar su presencia en algunas islas del Caribe, en la Guayana y Brasil, como el *candomblé* brasileño, en el que las divinidades toman posesión de algunos fieles. Pero esos dioses han sufrido la contaminación del cristianismo, y muchos de ellos tienen ahora nombres de vírgenes y santos. Esta contaminación o sincretismo, puede observarse también en otros lugares de toda América, pero menos en la selva tropical del Amazonas, donde las tribus autóctonas continúan celebrando rituales en honor de sus dioses ancestrales. Pero esta situación no durará mucho: algunas iglesias protestantes ya están “evangelizando” aquellas zonas, lo que equivale a decir, que con el paso del tiempo irán desapareciendo sus divinidades para unirse al oscuro mundo de los dioses perdidos.

El **sincretismo religioso** es otro resultado de la intervención humana, definido por los especialistas como “mezcla de diferentes religiones o tradiciones religiosas, o absorción de elementos foráneos en una religión determinada” (Diccionario de las religiones, Espasa) es una prueba más de lo que acabamos de constatar en el capítulo anterior respecto a la subordinación de lo sobrenatural a las circunstancias humanas. Ade-

más de los ya señalados, se han dado numerosos casos de este sincretismo en todas partes, como el del budismo y shintoísmo en Japón o el de las **sectas** orientales, de creencias autóctonas, con el cristianismo protestante o católico, etc.)

Los dioses siguen existiendo en los más diversos lugares del planeta, aunque unos son más conocidos que otros, como los hindúes Brahma, Visnú y Shiva (la trimurti o **trinidad india**) y el famoso Krishna, una de las encarnaciones de Visnú.

El **budismo**, que en su origen fue una filosofía desligada de los dioses, acabó convirtiéndose también en una religión, con sus seres celestiales y sus ritos. En el budismo Hinayana, el más antiguo, hay, en algunas sectas, una tendencia a acentuar la dimensión divina de **Buda** (idea que más tarde, en el budismo Mahayana, acaba por afirmar que su cuerpo era sólo aparente, dada su trascendencia), y otros creen que los discípulos pueden ser seducidos en sueños por las diosas. Del mismo modo, se habla de la existencia de numerosos infiernos, fríos, oscuros o calientes, donde se sufren los efectos de las malas acciones anteriores, pero que no son eternos como en el cristianismo. Casi todas estas sectas las encontramos hoy en Japón, China, Corea, Vietnam. Lo mismo puede decirse del taoísmo, que forma parte, con el shinto y el budismo, de las creencias religiosas en Japón, China y Corea.

Y los 330 millones de entidades sobrenaturales de la India.

Pero no es el número lo que realmente nos interesa, sino su comportamiento. Para empezar, también ahora el **antropomorfismo** es muy destacado. Las divinidades actuales tienen sexo, se casan entre ellos y engendran hijos. Sienten celos, se irritan fácilmente o son amables con sus adoradores. A veces mueren o son asesinados por otros dioses. Algunos se encarnan y vienen a nuestro mundo (Visnú adoptó la figura de Krishna), y les agrada que les ofrezcan sacrificios y les construyan templos suntuosos.

Entre las divinidades de ahora, como en las de antes, aparece a menudo un sistema jerárquico, desde los dioses supremos hasta los espíritus de menor importancia. Del mismo modo que en las desaparecidas, ahora encontramos dioses del fuego, de la destrucción, de la conservación, de la guerra, la aurora, el Sol, la tormenta o la lluvia.

El parecido con los dioses antiguos es tan asombroso que podemos englobarlos a todos, los de antes y los actuales, entre los seres imaginarios creados por la humanidad a través de los siglos. Por supuesto, no podemos esperar que estos últimos acaben también desapareciendo, sería necesario que otras divinidades las sustituyeran, y está claro que, hasta hoy, ni el cristianismo ni el Islam lo han conseguido.

A nosotros, occidentales del siglo XXI, puede parecernos superfluo insistir en el origen humano de esas divinidades: basta con lo que hemos expuesto respecto a su sospechoso parecido con nuestra humanidad. Pero estas reflexiones nos ayudan a comprendernos mejor a nosotros mismos. Así, por ejemplo, descubrimos **la extraordinaria capacidad que tenemos para imaginar seres sobrenaturales**. No puede extrañarnos que, además, como ya se ha dicho, introduzcamos en ellos los **cambios** que consideremos necesarios, los contaminemos con la presencia de divinidades foráneas, y acabemos olvidándolos para siempre cuando otros dioses despiertan nuestra curiosidad o nos son impuestos.

Parece obvio, pues, que el politeísmo es una creación humana.

Pero, ¿y los mundos sobrenaturales de las tres religiones mono-teístas? Es adecuado hacerse preguntas. Poco a poco, iremos encontrando respuestas.

El abismo

4. El dios escondido
5. La evidencia imposible
6. El hogar de los dioses
7. El mito de las almas

4. EL DIOS ESCONDIDO

Los humanos monoteístas llevamos muchos siglos hablando del Otro Mundo y especialmente de Dios, lo que resulta extraordinario dado que Dios nunca se ha dado a conocer abiertamente a la humanidad. En realidad, siempre anda escondido, rodeado de un misterio inescrutable. Se oculta tras la majestuosa grandiosidad del Universo, el misterio de la vida, los problemáticos libros sagrados, los intermediarios, las instituciones y autoridades religiosas, los rituales, los libros piadosos, la teología, los templos, las proclamas de los predicadores o la música sacra. La oración nunca es un diálogo, sino un monólogo interminable. Las peticiones que se le hacen, por más que las provoquen la urgencia y el dolor, no son respondidas sino por otros humanos empujados por la fraternidad o la empatía.

Esa ausencia divina es tan evidente que incluso ha sido observada por los mismos científicos en el Universo:

“Jamás, en ningún lugar del cielo, hemos observado un acontecimiento que no se repitiese en el tiempo o el espacio, ni pudiera explicarse en los términos de las ciencias naturales establecidas. Todavía no hemos encontrado un solo fenómeno astronómico observable que requiera la incorporación de un elemento sobrenatural a un modelo para ser descrito... Hasta la fecha, nuestros instrumentos astronómicos más perfeccionados no han captado ni el menor atisbo de un Dios cuyo papel sea lo bastante activo como para producir acontecimientos milagrosos en el cosmos”. (Víctor Stenger, físico de partículas)

Una ausencia que se constata también en nuestro planeta, observado con minuciosidad por meteorólogos, geólogos, oceanó-

grafos, vulcanólogos, biólogos, químicos, zoólogos, etcétera, y en esos mundos ínfimos, microscópicos, de los microorganismos, los átomos o las partículas subatómicas. En ningún lugar de nuestro mundo se ha visto jamás la intervención divina. Y estos hechos nos permiten afirmar una ley de carácter universal:

Todo lo que encontramos o encontremos en nuestro mundo, por muy extraño, maravilloso o incomprensible que parezca, puede calificarse de natural, es decir, de acuerdo con las leyes que lo rigen todo y con los cambios que sufren esas leyes.

Por otra parte, hemos comprobado hasta la saciedad que lo divino no aparece en los momentos más cruciales de nuestra vida, como sucede cuando los desastres naturales descargan sobre nosotros toda su terrible parafernalia, o cuando nacemos de tal modo que necesitamos ayuda durante toda nuestra vida, o nos agrede un cáncer en nuestra infancia, o desplegamos el interminable abanico de nuestro lado más oscuro...

Son algunos ejemplos de ese Mal que campa por nuestro mundo y se ha convertido en un verdadero problema para los creyentes: no saben compaginarlo con la bondad ni con el poder divino de los que tanto hablan. Los teólogos llaman a esto el silencio de Dios. Es decir, reconocen como cierto cuando acabo de exponer

Explicaciones teológicas de la ausencia divina

Pero uno de esos teólogos ha encontrado una respuesta a ese silencio: Andrés Torres Queiruga, profesor de Filosofía de la Religión lo expresa con toda claridad en una revista católica de la Institución Teresiana:

“No se trata del silencio de Dios, sino de la incapacidad de la criatura para escucharlo... Entre lo Absoluto y lo relativo, entre lo Infinito y lo finito, entre el Creador y la criatura hay una distancia insalvable, una heterogeneidad radical, una disimilitud abismal. Falta el “enganche” natural, y todos los caminos parecen cortados”.

Y Hans Küng, considerado como uno de los más destacados teólogos (en los medios teológicos), profundiza en esa “disimilitud abismal”:

“Dios no es una persona como el hombre es una persona. Lo que todo lo contiene y todo lo penetra no es nunca un objeto que el hombre puede ver a distancia para pronunciar afirmaciones sobre ello. La base fundamental, el soporte fundamental y el objetivo fundamental de toda realidad...no es una persona individual entre otras personas, no es un superhombre o un superego”.

En esta misma onda estaban los mutazilíes, la primera escuela importante de teología islámica, que se formó entre los siglos IX y X. *«Dios es único, nada se le parece; no es ni cuerpo, ni individuo, ni sustancia, ni accidente. Está más allá del tiempo. No puede habitar en un lugar o en otro; no es objeto de los atributos o las cualificaciones de las criaturas. No está ni condicionado ni determinado, no engendra ni es engendrado... Él creó el mundo sin arquetipo alguno preestablecido y sin auxiliar»* (Según Al-Ash'ari, traducido por H. Corbm)

Pero si Dios es tan abismalmente distinto de nosotros, la conclusión es obvia: ni los humanos podemos ponernos en contacto con Él, ni ninguna entidad espiritual del Más Allá puede relacionarse con nosotros. Es decir, resulta imposible la comunicación entre un mundo y el otro.

Ni teólogos ni creyentes están de acuerdo con esta conclusión, por supuesto, ya que, de hacerlo, se verían en la necesidad de

abandonar todas sus creencias. Unas creencias que se fundamentan precisamente en la posibilidad de que lo divino tenga acceso a lo humano.

El problema de los intermediarios

Ninguno de los siete mil millones de creyentes actuales (2019) conoce personalmente a Dios. Ni tampoco los millones de humanos creyentes que han pasado por este planeta desde que el homo sapiens apareció por aquí. Todos recibieron, y reciben ahora sus creencias, directamente de otros humanos.

Pero, ¿no habló acaso con Moisés y los profetas hebreos, con Jesús y Pablo y con Muhammad, por citar solo las tres religiones monoteístas?

No está demostrado documentalmente que Moisés sea una figura histórica, ni que haya escrito ninguno de los libros de la Torah, pero lo damos por supuesto para evitar discusiones que nos apartarían del objeto de esta investigación.

Es un hecho histórico que las religiones monoteístas provienen de un sujeto humano, o de varios, según los casos. Mazdeísmo, maniqueísmo e islam proceden de Zoroastro, Mani y Mahoma respectivamente. El judaísmo y el cristianismo, aunque puede hablarse, y así se hace, de Moisés y de Jesús, lo cierto es que tienen varios autores, cuyos nombres se conocen en muchos casos. A pesar de ello, todas las religiones coinciden en una misma afirmación: Lo divino se ha manifestado a los humanos.

Esta última frase necesita ser matizada. Una revelación personal, según los textos religiosos, solo aparece con claridad en la biblia hebrea (Moisés, profetas, etc.), en la cristiana (María, apóstoles, Pablo de Tarso) y en el islam (Mahoma) En el caso de Jesús, solo es posible considerar como revelación la voz divina que se oye, o que Jesús oye (depende de

cada escriba) en su bautismo, o la visión que tuvo del más allá en la transfiguración, pero en ninguna de ellas aparece una orden de hacer algo. Respecto a Mani (siglo III d.e.c.), su revelación por medio de un espíritu parece muy posterior a su muerte (en el siglo X), y él mismo escribió sus Escrituras. En nuestro tiempo, la Federación de Familias para la Paz, llamada de forma común Secta Moon en honor a su fundador; la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, fundada por Joseph Smith y que se basa en el Libro de Mormón y la Iglesia Adventista del Séptimo Día, fundada por Ellen G. White junto con otras cuatro personas aceptándola como profetisa y a sus libros como si fueran tan inspirados como la Biblia.

Estos son los intermediarios, los sujetos humanos de los que se dice haber estado en contacto con una divinidad.

Buda y Mahavira, fundadores también, no fueron muy amigos de los dioses, pero sus doctrinas acabaron en religiones con criaturas en el más allá con el paso del tiempo.

Y aquí es donde surge el problema: El intermediario dice algo que no puede probar. Los discípulos y seguidores de estos intermediarios lo entendieron perfectamente y se encargaron de crear, una vez fallecido el líder, toda una serie de historias de tipo sobrenatural; los libros “sagrados” están repletos de ellas en los tres mono-teísmos, hasta el punto que el propio intermediario resulta ser un taumaturgo: Moisés, Jesús y Mahoma realizaron milagros espectaculares (que aparecen después de su muerte) **La incursión de lo sobrenatural es la prueba de que el intermediario dice la verdad.**

El inconveniente de esta afirmación es que no hay documento alguno que pruebe la historicidad de esa taumaturgia. Por esta razón, los especialistas prefieren hablar simplemente de “tradiciones”, no de realidades. Ningún historiador con la cabeza bien amueblada utilizaría las narraciones sobrenaturales como elementos históricos.

La prueba no puede ser probada. Es decir, no era una prueba. Lo que no impidió que miles y miles de personas la creyeran verdadera en su momento, y hoy día, en cualquier parte del mundo. Así, pues, el problema del intermediario sigue en pie.

En el siglo XVIII, Thomas Paine le dio un viraje muy particular a esta historia de los intermediarios: dijo que las revelaciones divinas hechas a un humano, aunque fuesen ciertas, no tendrían valor más que para ese humano, puesto que al volverse él hacia nosotros para hablarnos de ella, dejaría de ser una revelación divina. Cuando alguien de este mundo nuestro nos dice que ha recibido una revelación divina, **no es Dios quien nos habla**. Y aquí aparece, de nuevo, el problema, que se convierte en un problema para la mismísima divinidad.

Quiero decir que un Dios, si desea ponerse en contacto con nosotros, no habría elegido la forma menos idónea para hacerlo: un intermediario humano. Algo que nos hace pensar, lógicamente, que las revelaciones divinas no tienen ninguna credibilidad. Esta afirmación, desde un punto de vista puramente lógico, aunque contraría a las religiones, deja en buen lugar a la divinidad: **Un Dios no cometería un error tan evidente.**

Por consiguiente, todo lo que saben los creyentes acerca de sus dioses proviene de lo que dijeron, y siguen diciendo, gente de este planeta, no del otro mundo; y no solo aquellos que hemos llamado intermediarios, sino los teólogos, los filósofos solidarios con las religiones, los curas, los popes, los pastores, los imanes, los ayatolás, los rabinos, hasta llegar a los más inmediatos: nuestros profesores, vecinos, amigos y familiares.

Más aún, el tiempo pasa y los primeros que recibieron la noticia de la revelación ya han fallecido, también la siguiente generación, y la siguiente..., de modo que cada creyente, en su época, ni siquiera está aceptando lo que pregona el visionario, sino que debe aceptar lo que le dicen acerca del visionario personas cerca-

nas que, a su vez, la recibieron de otros. A Jesús, a Moisés, a los profetas o a Muhammad solo lo vieron y escucharon las personas de su tiempo. Desaparecidas todas ellas, el humano de cualquier época ya no puede oírles, ni siquiera a los que estuvieron con él.

Las razones físicas del silencio divino

Llegados a este punto, el lector habrá comprobado que he tratado de aclarar dos hechos: que Dios y todo el más allá no han aparecido nunca en este mundo nuestro y que la razón de este silencio está en la diferencia insondable que aparece, según un grupo de creyentes, entre el uno y el otro. Esta diferencia se advierte con más claridad si nos detenemos un momento en observar cómo somos los humanos y cómo es este mundo en el que vivimos.

Nosotros nacemos, vivimos y morimos en este mundo. No hemos sido colocados aquí como seres extraños (recuerden las peregrinas historias al respecto de los antiguos, y aún modernos, gnósticos) Estamos hechos, a nivel atómico y molecular, del mismo material que todas las criaturas vivientes, incluso participamos del material con el que están formadas las estrellas y todos los astros. Más aún: Estamos ensamblados con todos los seres que nos rodean y encajados en las circunstancias físicas de nuestro planeta. Nacemos para vivir en esta biosfera, para desarrollar aquí nuestra biografía. Y lo prueba el hecho de que venimos equipados con lo necesario para realizar ese destino nuestro: la inteligencia, los sentidos, los instintos y las emociones que los acompañan; esos instintos que nos empujan a la acción y esos sentidos que están dispuestos precisamente para detectar lo que necesitamos, y lo que debemos rehusar, para mantenernos vivos: comida, agua, luz, calor, frío, peligro...Tan evidente es esto, que si alguno de los vivientes nace, como ocurre a veces, con algún defecto importante, está incapacitado para sobrevivir, a menos que

tenga cerca de él a otros vivientes que lo cuiden. Hay ejemplos desgraciados de esta circunstancia tanto en animales como entre humanos.

Nuestros sentidos tienen como tarea primordial la de captar, buscando y encontrando finalmente, lo conveniente y necesario. Pero lo que detectan los detectores es lo que está aquí, ocupando un lugar en el espacio y en el tiempo. De modo que lo sobrenatural jamás podrá ser detectado por nosotros. Sencillamente, **carecemos de un órgano específico que nos permita descubrir, contactar, percibir, ese otro mundo.**

Poco a poco, día a día, nuestro cerebro va recibiendo ingentes cantidades de información. Pero esa información está ligada, atada, diríamos, inexorablemente, a nuestro mundo de aquí abajo. Y el lenguaje con el que expresamos lo que hemos asimilado no puede tampoco librarse de esa atadura, de modo que nuestros conceptos significan lo que significan dentro de los parámetros naturales, no fuera de ellos. Nada de esto nos sirve para hablar de lo sobrenatural.

El Otro Mundo no es un “lugar”, por consiguiente, no se puede ir a él, ni **subir** a él, ni **estar** allí, ni es el Cielo que vemos desde acá, ni puede haber en él un infierno con fuego, ni un paraíso con árboles frutales, arroyos de agua fresca y chicos y chicas maravillosos.

Nuestro lenguaje apareció para comunicarnos información acerca del mundo que nos rodea y sobre nosotros mismos; no tenemos palabras para hablar de la divinidad porque la divinidad no es de aquí, así que hacemos un esfuerzo y concluimos que Dios posee nuestras buenas cualidades, pero elevado a un grado sumo, y carece de todo lo malo que sin duda también tenemos. Nuestro lenguaje no da para más.

El doctor Torres Queiruga lo decía con toda claridad: *“Oír, ver, percibir, conocer...son operaciones que suponen una reciprocidad en el ser y en el actuar. **Captamos el color de una cosa y escuchamos la voz de una persona porque participamos del mismo engranaje físico, nos movemos en el mismo juego de fuerzas y estamos con ello en una interflujo continuo que constituye la normalidad de nuestro ser: la luz reflejada en el paisaje o la onda sonora que viene del interlocutor nos encuentra en nuestro terreno y suscitan en nosotros una respuesta connatural. Pero con Dios no sucede (no puede suceder) lo mismo. La diferencia ontológica enuncia en terminología técnica lo que, a su manera, es de evidencia común...”***

A continuación, nuestro teólogo enumera la distancia insalvable entre Dios y nosotros, aunque acaba diciendo que el poder y la misericordia divinas han salvado el abismo que nos separa y Dios ya no es un ente escondido. Un final feliz para evitar la derivación lógica de cuanto llevaba dicho.

El párrafo del doctor Queiruga, acabado de citar, nos da pie para acabar este análisis. El 5% del Universo, lo único que podemos observar, está formado de materia. “Es necesario decir que en física no existe amplio consenso sobre una definición exacta de **materia**, y el término "materia" por lo general se utiliza en conjunción con algún modificador. Por todo lo expuesto, en términos generales, en el contexto de la física moderna se extiende el concepto de materia a: *Cualquier campo, entidad, o discontinuidad traducible a fenómeno perceptible que se propaga a través del espacio-tiempo a una velocidad igual o inferior a la de la luz y a la que se pueda asociar energía”.* Wikipedia

Lo esencial para esta digresión es el concepto de materia, que comprende al espacio, al tiempo y a la energía. Nada de eso pue-

de aplicarse al Más Allá con sus entes espirituales. Y algo así, que no ocupa un lugar en ningún espacio ni está sujeto al paso del tiempo, ¿qué cosa puede ser si ni siquiera es una cosa? En puridad, ni podemos hablar de ello.

En resumen: Hemos encontrado entre los creyentes dos enfoques diferentes, y opuestos, respecto a la divinidad y el otro mundo. Unos admiten su materialidad (los dioses y Dios son como nosotros, pero dotados de poderes extraordinarios) y otros que la niegan.

Los primeros, por supuesto, son los politeístas antiguos y actuales. Y, contra todo parecer, tanto el Yahvé hebreo como el Al-lah de los árabes han recibido un baño de antropomorfismo tan descarado por parte de sus presentadores, que podemos incluirlos en el grupo de los politeístas si leemos con atención sus famosas Escrituras. El segundo grupo, que prefiere la inmaterialidad divina, está formado por una serie de teólogos-filósofos a los que he dedicado estas reflexiones

NOTA FINAL He dejado dicho que la razón del silencio divino es la diferencia física (ontológica, decía el doctor Queiruga) entre Dios y nosotros, es decir, nunca podremos saber nada del más allá. Pero igualmente puede concluirse que *ese Dios del que tanto se habla en realidad no existe*. Otra conclusión perfectamente lógica.

5. LA EVIDENCIA IMPOSIBLE

Admitamos por un momento que Dios existe y es un espíritu, ¿cabe la posibilidad de que a pesar de ello pueda ponerse en contacto con nosotros? Como veremos en los capítulos 10 y 11, tal cosa dicen que ha sucedido: un dios se ha revelado mediante los libros sagrados, y un dios se ha encarnado y ha caminado por nuestro mundo en forma humana. Luego veremos que ninguno de estos contactos tuvo resultados positivos, es decir, no persuadieron a las otras religiones, ni a incrédulos, dudosos o ateos; todos ellos continuaron pensando como siempre. En realidad, la encarnación divina y las Escrituras solo sirvieron para crear nuevas religiones. Es necesario, pues, indagar en otras maneras de revelación. Es lo que hacemos ahora.

¿Sería posible para una divinidad revelarse a todos los vivientes? Las ventajas serían evidentes para la humanidad. Desaparecerían las religiones, las castas sacerdotales, los libros sagrados, las interminables discusiones entre los teólogos intérpretes de los mensajes divinos, los mismos teólogos, los heterodoxos, herejes, incrédulos, incluso las guerras de religión. La fe sería inútil, puesto que todo el mundo sabría que Dios existe.

Por supuesto que si tratásemos de imaginar la forma en que Dios puede hacerse evidente a todos, nos será imposible hallar una respuesta satisfactoria. Sin embargo, esta hipótesis no es ningún disparate para judíos y cristianos: en la propia **Biblia** se explica la forma en que él puede realizar lo que podríamos llamar un prodigio extraordinario:

“He aquí que vienen días en que yo pactaré con la casa de Israel una nueva alianza. Después de aquellos días pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano diciendo: “Conoced a Yahvé”, pues

todos ellos me conocerán, del más chico al más grande” (Jeremías 31, 31ss).

Obsérvese con detalle la afirmación divina:

1) Su Ley llegará hasta el ‘interior’ humano y será escrita en sus corazones. Se trata de una acción divina directa, sin intermediarios.

2) No hará falta enseñar, informar, predicar, hacer proselitismo o misionar.

3) La conocerán todos, del más chico al más grande. No habrá ninguna excepción.

La interiorización de la Leyes es obra del mismo dios (pondré mi ley en su interior), que, por otra parte, afectará del mismo modo a las generaciones venideras (*Mis palabras no caerán de tu boca ni de la boca de tu descendencia ni de la boca de la descendencia de tu descendencia, desde ahora y para siempre, según Isaías 59, 21).*

Y en el Corán, siempre a la zaga de la Tanaj, se afirma que:

Los que creen, ¿no saben que si Dios hubiera querido habría puesto a todos los hombres en la buena dirección? (Corán 13,31)

Si tu Señor hubiera querido, todos los habitantes de la tierra, absolutamente todos, habrían creído. (Corán 10,99)

Los creyentes podrían objetar, y objetan, que Dios no se hace evidente a todos nosotros por respeto a nuestra libertad; prefiere que creamos en su existencia libremente. Pero ello estaría en franca contradicción con el texto de Jeremías. Y, por otra parte, esa libertad, puesto que no sería más que asentir o no a los intermediarios, podría llevarnos tanto a la creencia como a la incredulidad, lo cual sería aceptable si no fuese por el hecho de que Dios, según dicen, nos condenaría con terribles castigos en el segundo caso, así que su respeto por nuestra libertad se convierte en un verdadero sarcasmo: Sois libres para creer en mí o no creer, pero si no creéis, os apartaré de mí.

Pero hay otra vertiente de la cuestión que es oportuno tener en cuenta. Hemos visto que la divinidad es un ente siempre oscuro, misterioso, escondido, del que apenas sabemos nada, pero según las religiones, el conocimiento de Dios y la observancia de sus mandatos es algo tan trascendental para nosotros que de ello depende nuestra salvación eterna o nuestra eterna condenación. ¿Por qué se rodea de tanto misterio quien exige que se le conozca, se le ame, se le tema y se le obedezca so pena de caer en su rechazo? Esta falta de evidencia divina la suplen los humanos con largueza: No cesan de hablar de Ella.

Por otra parte, teólogos cristianos juegan con esta afirmación que es un mentís descarado a la opacidad divina: “Dios se ha hecho presente en la vida y en **la historia del hombre**”. Esta idea, repetida hasta la saciedad en los medios religiosos, nada tiene que ver con LA REALIDAD, por supuesto. Ningún historiador con la cabeza bien amueblada admitiría esta afirmación para incluirla en sus investigaciones. ¿A qué se refieren los creyentes con esa frase? Es de suponer que no se trata de las apariciones, marianas o no, ni de los conciliábulo divinos con los místicos, ni de las experiencias demoníacas o las sensaciones emocionales de personas fácilmente influenciables. Esa idea se refiere a las fantásticas tradiciones religiosas, especialmente las contenidas en las Escrituras consideradas sagradas, de las que hablamos más adelante.

Ahora bien, todo lo que acabamos de exponer, resulta ser, al fin y al cabo, una excursión inútil. Aunque algunos humanos hayan expuesto la idea de una revelación universal, con la generosa idea de alcanzar la evidencia de un Dios hasta ahora escondido, tal idea es insostenible desde el punto de vista de la realidad: **Los seres humanos no seremos capaces, nunca, de pensar todos del mismo modo. Va contra nuestra propia naturaleza. Y si hay una divinidad que nos creó así, lo que resulta evidente es que no tenía ningún interés en que lo conociéramos.**

6. EL HOGAR de los DIOSES

Hasta ahora me he referido a los dioses, fueran muchos o uno solo, y a sus relaciones con la humanidad. Ha llegado el momento de saber dónde está y cómo es ese Otro Mundo, al que se refieren las creencias religiosas.

Definir el Más Allá resulta prácticamente imposible. Ya dijimos anteriormente que nuestro **lenguaje** carece de palabras adecuadas para referirnos a lo sobrenatural debido a que está hecho, el lenguaje, para referirnos exclusivamente a este mundo y a nosotros. Basta con repetir que se trata, según las religiones, de la morada de los dioses. Y ahora veremos por qué somos tan cautos al decirlo así.

A todo ello hay que añadir una nueva dificultad: ese Más Allá no es idéntico ni ha sido idéntico para todos los creyentes que en el mundo han sido. La razón es bien conocida: cada religión tiene, y tenía, su propio mundo sobrenatural, y entre ellos se detectan enormes diferencias. Por ejemplo: No es igual acabar en el enorme salón del Walhalla, rodeado de una masa de difuntos guerreros muertos en combate, que fundirse espiritualmente con Brahma en la India. A pesar de esas diferencias, todos coinciden en que en esos mundos existen y en ellos hay entidades divinas y no divinas, criaturas, creadas o no por esas entidades, como ángeles, demonios, jinns, genios, kamis y espíritus varios, almas de difuntos anónimos o héroes que hicieron algo importante para la comunidad, y ciertos "lugares" llamados paraíso e infierno.

Para entender ese variopinto Más Allá, hay que dejar claro aquello, que lo diferencia de lo natural, que es este mundo nuestro y todo lo que en él sucede.

Sabemos que el **Universo** está estructurado de una forma determinada y que en él se cumplen en todo momento lo que nosotros hemos llamado “leyes” de la naturaleza, o regularidades universales, como decía el filósofo **Popper**. Es cierto que, según se ha descubierto, en los agujeros negros las leyes del **Universo** que conocemos sufren cambios extraños, por ejemplo, en ellos el tiempo se detiene y la gravedad adquiere una fuerza inusitada, pero estos fenómenos también son naturales, no hay nada sobrenatural en estos hechos. La regularidad con que se cumplen las leyes naturales, como ya demostró el creyente **Newton** hace más de tres siglos, nos permite saber, por ejemplo, en qué fecha exacta se producirá un eclipse o aparecerá de nuevo el cometa Halley.

Por otra parte, y según algunos teólogos, el Más Allá es algo tan diferente que no se parece en nada a lo que conocemos y a lo que estamos acostumbrados; que ese mundo superior nos es ajeno, no es de aquí, no está entre nosotros. Es más, según las informaciones de algunos creyentes, es algo **inmaterial**, término con el que se pretende destacar la diferencia con nuestro mundo.

Lo de inmaterial es cosa de teólogos más bien avanzados, porque está claro que las escrituras sagradas tienden más bien al antropomorfismo, como hemos visto desde el principio.

Pero no olvidemos que, aparte las puntualizaciones propias de los físicos, como vimos en la página 37, **material** es lo que ocupa un lugar en el espacio y en el tiempo, y está relacionado con la energía, de un modo que aquí no es necesario concretar, como descubrió el menos creyente **Einstein**. Según esto, no sujeto a debate por parte de la comunidad científica, algo inmaterial no ocuparía un lugar determinado en el espacio ni en el tiempo, que es lo mismo que decir que en el Más Allá no existen ninguna de esas coordenadas, ni siquiera puede existir ninguna clase de energía. El papa **Juan Pablo II** tuvo la agudeza de captar esta verdad cuando

dijo que “el Cielo” no es un lugar, y hace ya mucho tiempo que los teólogos insisten en que tampoco allí existe el tiempo, que es otra forma de decir que lo sobrenatural es eterno, un término mucho más incómodo porque no sabemos en qué consiste.

El inconveniente de esta situación reside en que no podemos concebir ni imaginar el significado del término inmaterial, debido a que nuestro cerebro se ha desarrollado en este mundo de acá, donde todo ocupa un lugar en un espacio previamente existente y un punto determinado en el tiempo, donde todo puede tocarse, medirse y pesarse (a menos que se trate de partículas infinitesimales).

Así y todo, sabemos que cada espermatozoide y cada óvulo portan 5 picógramos de ADN, y un picógramo es la billonésima parte de un gramo. No está mal.

Pues bien, así “viven” los seres del Más Allá, aunque tampoco entendemos que puede significar “vivir” para una entidad que no tiene cuerpo, que es precisamente la sede de la vida. Este es el problema que ha generado la creencia en seres espirituales, un término imposible de definir. El diccionario de la Real Academia de la Lengua, comienza diciendo que un **espíritu** es “un ser inmaterial dotado de razón”, de forma que vamos de lo inmaterial a lo espiritual y viceversa sin haber dicho nada acerca de la naturaleza de esos términos. De todas formas, la razón, el raciocinio, la racionalidad, aunque no tenga ninguna materialidad, porque se trata de una función, es precisamente una función cerebral. Ahora bien, los espíritus carecen de cerebro, ¿cómo pueden ser inteligentes, es decir, dotados de razón? Del mismo modo, un espíritu, al carecer de cuerpo, no puede pensar, tomar decisiones, amar, sentir complacencia, misericordia u odio, del mismo modo en que está incapacitado para ver, oír, tocar, oler o gustar.

Y aquí entramos de lleno en las consecuencias que se derivan del hecho de ser un espíritu:

-No solo se trata de que no puede ver, oír o tocar, sino que no puede ser visto, ni oído, ni tocado, ni olido, ni gustado.

A pesar de algo tan fácil de entender, los creyentes se empeñan en que algunos humanos han oído voces del Más Allá, tal y como ya se ha dicho. La pregunta viene sola: ¿Cómo un ser espiritual puede provocar en la atmósfera terrestre unas ondas que incidan en nuestro oído y accedan al cerebro a través del nervio auditivo para ser reconocidas como voz humana? Recuerden al doctor Torres Queiruga.

-De otras personas se cuenta que han visto seres del Más Allá con sus propios ojos. Los libros sagrados están llenos de apariciones de este género. Pero ningún teólogo, que sepamos, se ha dedicado a estudiar la siguiente cuestión: ¿Cómo se las arregla un ser espiritual, inmaterial, sin cuerpo, para hacer su aparición en este mundo de acá de forma que podamos verlo? Nadie puede explicar cómo se materializa un espíritu, de dónde salen los átomos que forman la aparición, no solo del cuerpo del aparecido, sino de los vestidos con los que se cubre.

Esas apariciones y audiciones sobrenaturales, ¿podrían ser una realidad virtual, o quizás un **holograma**? Sería interesante describir estos dos conceptos con algún detalle, pero nos tememos que solo nos llevaría a una conclusión: La realidad virtual y el holograma son creaciones humanas en las que intervienen toda una serie de mecanismos muy complejos, y la entidad inmaterial que quisiera contactar con nosotros se vería obligada a manejarlas desde su inmaterialidad. Y, como no se trata solo de nosotros, es lógico preguntarnos: ¿Cómo se comunican entre sí los entes espirituales, Dios con sus ángeles y con las almas de los difuntos, un ángel con otro, un alma con otra? Es muy fácil contar que tal cosa sucedió a menudo en un mundo sobrenatural (véase el libro de Job, por ejemplo, donde Dios se reúne con una asamblea de seres espirituales), pero la narración no se interesa por estos detalles, pues da por descontado que ocurrió y punto. Por ejemplo:

En **la Tanaj hebrea**. La historia de la teofanía en Mambré se refiere a tres hombres que aparecen ante la puerta de la tienda donde vive **Abraham** con Sara, su mujer. Uno de ellos es un dios. La conversación no puede ser más normal.

En otra ocasión, vino el Ángel de Yahvé y se sentó bajo el terebinto de Ofrá. Su hijo **Gedeón** majaba trigo... cuando el Ángel de Yahvé se le apareció y le dijo: -Yahvé está contigo, valiente guerrero. Contestó Gedeón: -Perdón, Señor mío. Si Yahvé está con nosotros ¿por qué nos ocurre todo esto?... Yahvé nos ha abandonado entregándonos en manos de Madián. Entonces Yahvé se volvió hacia él y le dijo: -Vete con esa fuerza que tienes y salvarás a Israel... (Jueces 6, 11-14)

Gedeón ve a un habitante del Más Allá y le llama “señor mío” y discute con él. El ángel resulta ser el mismísimo Dios. No pasa nada extraordinario, todo es normal.

En el **Nuevo el Nuevo Testamento**. Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una virgen desposada con un hombre llamado José; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo (**Lucas**, 1,26 ss). María se conturbaba porque no entiende lo que le estaban diciendo, pero no se inquieta lo más mínimo al ver a un ser de otro mundo ante ella.

En los **Hechos** de los apóstoles, las intervenciones divinas están a la orden del día. El ángel del Señor abre la puerta de la cárcel donde estaban presos los apóstoles, le dice a Felipe que se ponga en marcha hacia el sur, entra en la cárcel donde tienen a Pedro encadenado, le rompe las cadenas, lo despierta, le mete prisa para que se levante, se abroche el cinturón y se ponga las sandalias y el manto, lo conduce a la puerta de salida, que se abrió sola, y desapareció. Y Pedro lo hizo todo en un estado de soñolencia hasta ese mismo momento. También se apareció a un tal Cornelio cuando lo llamó, ¡Cornelio! Y este respondió, lleno de temor: ¿Qué quieres, Señor? El Espíritu Santo también interviene: Impide a los apóstoles que prediquen en la provincia de Asia y en Bitinia, llena a Pedro con su poder para que predique ante los jefes del pueblo y los ancianos de Israel, hace temblar las paredes del lugar donde están los discípulos reunidos, desciende sobre aquellos que son bautizados, al

parecer a la vista de todos. Luego insta a Felipe diciéndole: “Adelántate y ponte junto a esa carroza”, donde iba un etiope, ministro de su reina leyendo al profeta Isaías; Felipe convirtió al etiope y lo bautizó, y entonces el Espíritu se llevó a Felipe a otro lugar haciéndolo desaparecer. El mismo **Jesús** interviene en aquellos primeros tiempos: Se aparece a Pablo, el perseguidor de los cristianos (¡Saulo!, ¿por qué me persigues?, ¿Quién eres tú, Señor?, exclama Saulo llamando Señor a quien no conocía), convirtiéndolo en uno de sus más activos y entregados seguidores.

Obsérvese la naturalidad con que reaccionan los humanos ante una aparición del otro mundo (sólo el tal Cornelio “se llena de temor”) Se trata de un estilo narrativo al que estamos muy acostumbrados porque es el que empleamos entre nosotros. Pero semejante estilo solo se entiende si recordamos que tanto los autores de esas historias como sus lectores estaban sujetos a la ineludible e inexorable ley del **antropomorfismo** del que hablamos al principio de este trabajo. Solo podían describir a los seres del otro mundo como si fueran humanos, tanto en la forma de hablar como de aparecerse. Si fuésemos caballos, los dioses tendrían forma de caballo, como decía Jenofonte.

Estas cavilaciones respecto a las comunicaciones del Más Allá con nosotros parecen cómicas y absurdas, pero no son inocentes. Este disparatado ejercicio de imaginación muestra, una vez más, que el cerebro humano no reúne condiciones para entender la existencia de entidades espirituales, como se les llama a los seres del otro mundo. Porque, como ya se dijo más arriba, nuestro cerebro está hecho por éste y para desenvolverse exclusivamente en él. Y es aquí exactamente hasta donde han llegado aquellos a quienes llamamos **agnósticos**, que no ateos.

7. EL MITO de las ALMAS

El término alma o ánima se refiere a una entidad inmaterial que poseen los seres vivos. La descripción de sus propiedades y características varía según diferentes tradiciones y perspectivas filosóficas o religiosas. (Wikipedia).

No vamos a relatar aquí el origen de esta palabra y lo que han dicho, y siguen diciendo, todos los humanos, incluso los no creyentes. Baste con saber que desde tiempo inmemorial y en todos los continentes, pensadores y gente religiosa se han empeñado en afirmar que en nuestros cuerpos habita un compañero invisible como una réplica de nuestro yo, o quizás como nuestro yo mismo, inteligente, porque tiene y sostiene nuestra inteligencia, capaz de amar, odiar, planificar, destruir o sorprenderse, porque tiene y sostiene todas nuestras emociones y sentimientos y creado para liberarse de la muerte de nuestro cuerpo y continuar su vida en el más allá, sea éste lo que sea.

La clave está en la respiración

El modo en que la idea de la existencia de almas se ha implantado en nuestro cerebro es algo que nunca sabremos con suficiente certeza. No obstante, algunos datos nos pueden dar una pista. Nuestros antepasados prehistóricos pudieron darse cuenta de algo que tenían bien a la vista: Cuando alguien moría, dejaba de respirar. Aunque no entendieran qué cosa era la respiración, el hecho era evidente: Algo que estaba, ya no está. Y ese algo era sutil e invisible como el aire. Resulta curioso que los hebreos hablasen de **nefesh**, palabra que procede de una raíz que significa respirar, y la utilizaran, nefesh, en el sentido de “alma”: *nefesh jaiyáh* (alma viviente) se aplica a Adán cuando se dice que des-

pués que Dios formó al hombre del polvo del suelo y sopló en sus narices el aliento de vida, “el hombre vino a ser alma viviente” (**Gén** 2:7). Y esa misma palabra, con ese mismo sentido, se usa para explicar la creación de los animales, porque en la **Tanaj** hebrea, el alma no es algo distinto del cuerpo que pueda separarse de él y seguir viviendo.

Siguiendo en **Génesis**, cuando **Yahvé** hace un muñeco de barro parecido a un hombre y le “sopla”, el barro cobra vida. El autor de esta historia escribe soplar con la palabra hebrea *rúaj*, que viene a significar viento, hálito, aliento que vivifica, que da la vida y la mantiene. Por eso, el autor de **Job** habla del *aliento de Dios en mis narices*, que vuelve a ser sinónimo de respiración, de tal modo que regresamos a nuestros antepasados prehistóricos: cuando la gente muere, deja de respirar. De este modo, respirar resulta ser vital y puede confundirse con “vida”. Y el hecho, ya mencionado, de que se respire aire, algo tan liviano, tan ingrávido, tan incorpóreo, tan intangible, pudo conducir fácilmente al concepto de “espiritual” como lo que no tiene materia.

Un poco de Historia

Esa idea dualista, cuerpo y alma como dos entidades diferentes, aparece ya claramente entre los seguidores de Orfeo en Grecia, en la segunda mitad del siglo VI a.e.c. y, por resumir, la encontramos también en Platón; más tarde, poco después de Cristo, en las sectas gnósticas, aquellas que afirmaban el origen divino de nuestras almas, encerradas en estos cuerpos nuestros hasta liberarse con la muerte y poder así volver a la divinidad; en cierto modo, también en el *atman* de la filosofía hindú, que en su origen tenía el sentido de “aliento”; en Descartes y su “fantasma en la máquina”, como lo llamó Gilbert Ryle, etc. En el cristianismo también se cree que Dios crea un alma cada vez que tiene lugar el encuentro óvulo-espermatozoide y la envía a la futura criatura.

El diccionario de teología AKAL, compendio de más de dos mil años de historia del pensamiento cristiano, afirma que en el Antiguo Testamento el término **nefesh** recibe múltiples significaciones: La garganta como sede de las necesidades vitales, el deseo y los sentimientos, la vida misma, y el ser vivo. Y empieza por aclarar que “nuestro concepto de alma espiritual casi no se encuentra en la **Biblia**”, incluso que nefesh y psyché (en griego) tienen armónico diferentes, es decir, no son sinónimos.

Volvemos a la física

Aquí nos encontramos con idéntico problema al de los otros entes espirituales, dioses y demás habitantes del Más Allá. Se trata de un “espíritu” que, como ya dijimos, carece de materia y es incapaz de ocupar un lugar determinado ni en el espacio ni en el tiempo. Consecuentemente, y por pura definición, no puede estar dentro de nosotros, porque en tal caso estaría en un espacio bien determinado y sosteniéndose a través del tiempo que va pasando para el cuerpo que habita. Incluso si admitiéramos que puede habitarlos, el creyente nos debería explicar cómo se las arregla un ser espiritual para mantenerse en contacto, incluso guiar, como dicen, a los mortales en su vida sobre esta tierra, porque los términos “espíritu” y “materia” son incompatibles, se repelen. Y se repelen porque son dos términos contradictorios. Y en buena lógica, entre dos conceptos contradictorios, si uno es verdad, el otro es mentira.

Solo nos queda recordar que la creencia en las almas como compañeras nuestras, dio lugar a disparates tales como señalar el lugar exacto de nuestro cuerpo en el que ellas inciden para influir en nuestro cuerpo: cuestión en la que el celeberrimo filósofo francés **Descartes** se llevó la palma cuando afirmó que ese lugar de conjunción era nuestra **glándula pineal**.

La filosofía entra en escena

8. ¿No hay reloj sin relojero?
9. Flor de un día

8. ¿UN RELOJ SIN RELOJERO?

La prueba más contundente de la existencia de un ser supremo, tanto desde el punto de vista teológico como a escala popular, es la contemplación del **Universo**. Es imposible, se dice, que todo eso se haya hecho solo. Se trata, como veremos, de una visión mecánica del cosmos, al estilo de las creaciones humanas.

Todos hemos observado el firmamento en una noche estrellada, limpia de nubes y de polución. Pero desde nuestro planeta apenas podemos ver una ridícula porción de ese Universo que está poblado de billones de objetos celestes. Por otra parte, es tan extraordinariamente grande, en comparación con nuestra escala humana, que no podemos medir las distancias que nos separan de ellos utilizando las unidades convencionales en nuestro planeta. Y aunque hayamos ideado otras medidas, como el año-luz, nuestra mente continúa siendo incapaz de concebir distancias tan enormes. Es algo tan gigantesco que nosotros, los humanos y nuestro planeta, somos prácticamente nada perdidos en esa inmensidad inimaginable.

Sin embargo, ésta es una visión estática del cosmos. La verdad es que todo bulle en él como si estuviese vivo. Las estrellas nacen, perduran como hornos esféricos de reacciones termonucleares, y mueren cuando se les agota toda la materia que contienen estallando en los espacios siderales. Meteoritos errantes golpean la superficie de los planetas o se disuelven en las estrellas. Los cometas viajan por los espacios helados durante siglos. Las estrellas dobles giran una en torno a la otra y se comunican masas de materia gaseosa. Las galaxias, con millones de estrellas, giran sobre sí mismas al tiempo que se desplazan o chocan entre sí produciendo colisiones extraordinarias. Todo en el **Universo** se expande, huyen

los astros como de un primigenio centro donde tuviera lugar su nacimiento, creando espacio sin cesar en su eterna marcha. Nada hay en el cielo que esté quieto un solo instante.

Pero la complejidad del cosmos aumenta si se tienen en cuenta los conocimientos aportados por la física astronómica: las fuerzas gravitatorias, la luz como partícula y como onda, la radiación cósmica de fondo, la materia oscura, el calor, los átomos, las partículas subatómicas, los campos magnéticos, los agujeros negros, la radioactividad, la energía oscura, el espacio-tiempo... y ese 95% del **Universo** que es totalmente invisible y solo sabemos que está ahí por sus efectos en el 5% visible, como nos cuentan los científicos. El estudio detenido de todos estos datos, y muchos más, por supuesto, nos da una idea aproximada de la forma en que el Universo está estructurado.

Sin embargo, el asombroso trajín de los astros no parece tener ningún objetivo. Todo, allá arriba, se agita en una actividad incesante dejándose llevar por fuerzas ciegas y a veces caóticas: condensaciones, expansiones, atracciones y repulsiones puramente mecánicas, a pesar de la aparente armonía que parece presidir el firmamento, una armonía que procede de nuestra limitada visión desde nuestro planeta, y que, por lo tanto, no se corresponde con la realidad. Los expertos lo saben muy bien.

En cada explosión de quasar pueden quedar destruidos millones de mundos. El estudio de las galaxias revela un orden y una belleza universales, pero también nos muestra una violencia caótica a una escala hasta ahora insospechada.

(**Carl Sagan**, Cosmos. Planeta)

El **Universo** tiene poco que ver con el aparato de relojería que imaginaban nuestros antepasados. La serena estabilidad que ellos habían creído descubrir en los cielos, refleja condiciones meramente locales y pasajeras. En realidad, el Universo es un proceso dinámico en perpetua transformación y cuajado de explosiones y cataclismos de una violencia inconcebible. (**Jesús Mosterín**, *Grandes temas de la filosofía actual*, Salvat)

Detenerse en las consideraciones anteriores ha sido necesario para comprender lo que sigue: la respuesta religiosa al origen del Universo no concuerda con la descripción que acabamos de hacer. Y ello es debido a la visión antropocéntrica de los mitos cosmológicos: La creación del mundo tiene un único objetivo, una sola finalidad: nosotros, los humanos.

Así, el Corán reza: *Dios ha creado con un fin los cielos y la tierra. Para que cada cual sea retribuido según sus méritos* (Sura 45,22), o para que le adoren: *No he creado a los genios y a los hombres sino para que me sirvan* (51,56).

Por su parte, la **Biblia**, en **Génesis 1**, deja bien claro que el Sol y la Luna sirven de señales para las solemnidades, para los días y para los años, y las estrellas, para alumbrar la tierra. Las semillas, los árboles, y los animales los ha creado para que les sirvan de alimento. Recuérdese que al hacer a los humanos Dios dice: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, etcétera...* **Jack Miles** (Dios, una biografía), jesuita alejado de su orden, afirma que “el significado apropiado de ‘imagen’ se da en la instrucción inmediatamente siguiente de dominar la tierra”, lo que parece bastante acertado en el contexto, y reafirma nuestra teoría.

La grandiosidad y complejidad del Universo nada tiene que ver con nosotros. No es de extrañar que ni la Biblia ni el **Corán** se ocupen bien poco del tema que estamos tratando. La única referencia se encuentra en el versículo 6 de Génesis: *Hizo Dios el firmamento y separó las aguas que hay debajo del firmamento de las que hay encima del firmamento, y al firmamento lo llamó cielos.*

No se trata, como es evidente, del Universo que se ha descrito antes, sino de lo poco que se ve desde nuestra perspectiva, pero tal y como lo imaginaban entonces (puesto que carecían de los conocimientos que ahora poseemos): una bóveda, una inmensa cubierta circular, cuyos bordes se apoyaban sobre gigantescas montañas, “columnas del cielo”, que rodean nuestro universo terrestre y en donde están situadas “las aguas superiores”, que en su momento dejan caer la lluvia. (Véase la nota 1, 6 de la **Biblia** de Jerusalén).

A partir de tan pobre descripción, el texto, como acabamos de ver, se centra definitivamente en los humanos, ignorando el resto ¡prácticamente todo!, del Universo. Y ello resulta comprensible si nos situamos en el lugar de aquellos antiguos escritores: lo único que veían del cosmos era la tierra que pisaban, el Sol y la Luna (y unas pocas estrellas de nuestra galaxia): exactamente lo que los hombres necesitan para subsistir.

Pero la existencia de una realidad mucho más, muchísimo más compleja, inmensa y extraordinaria, plantea un problema: Cómo explicar la finalidad de toda esa realidad ignorada en la **Biblia**. Y otro tanto puede decirse de nuestro propio planeta, mayoritariamente cubierto de lugares inhóspitos que aquellos escribas ignoraban: No podemos vivir en los enormes desiertos, ni en los polos, ni en los sistemas montañosos que cubren gran parte del planeta, ni en las insondables profundidades de los océanos. Nada de esto tiene sentido si un dios lo ha creado pensando en nosotros, como pretenden las religiones. No obstante, los creyentes se aferran a

este Universo para mostrar la existencia de un Creador omnipotente. Pero esta obsesión por encontrar al gran Autor, la explicó perfectamente Paul Hienrich Dietrich, barón Von **Holbach** ya en el siglo XVIII:

“Si se diera una fiel relación de las ideas del Hombre sobre la Divinidad, se vería que la palabra “dioses” se ha utilizado casi siempre para expresar las causas ocultas, remotas, desconocidas, de los efectos que presenciaba; que aplica este término cuando la fuente de lo natural, la fuente de las causas conocidas, deja de ser visible: tan pronto como pierde el hilo de estas causas, o tan pronto como su mente se ve incapaz de seguir la cadena, resuelve la dificultad, da por terminada su investigación, y lo atribuye a los dioses... Así pues, cuando atribuye a sus dioses la producción de algún fenómeno, ¿hace algo más que sustituir la oscuridad de su mente por un sonido que se ha acostumbrado a oír con un temor reverencial?” (Système de la Nature, 1770).

Y no se olvide que, después de todo, el Creador del que hablan los creyentes, no puede identificarse con ninguno de los dioses conocidos, pues solo es el producto de una reflexión humana: “Ni el Universo ni la vida han podido crearse ellos mismos, por lo tanto, Alguien ha debido crearlos”. O algo así. En realidad, se le llama el dios de los filósofos, que no se ha revelado nunca y que carece de servidores, sacerdotes y devotos. Y que respeta escrupulosamente las leyes que él mismo creó, como lo demuestra casi a diario cuando esas mismas leyes provocan catástrofes naturales (sequías, plagas, inundaciones, huracanes, terremotos, enfermedades, etc) que acaban con la vida de miles de inocentes, no importa que sean enfermos, ancianos, bebés o mujeres embarazadas. Está claro que en LA REALIDAD la divinidad no realiza ningún portento del estilo de los que aparecen, con tanta profusión, en las Escrituras de todas las religiones. El dios de los filósofos es una

dejación de nuestro espíritu científico; el dios relojero es, en realidad, un **antropomorfismo** más.

10. FLOR de UN DÍA

La existencia de la vida en nuestro planeta también se le ha atribuido, por supuesto, a la actividad creadora de los dioses.

La creación de la vida fue narrada en forma de mito por nuestros antepasados más remotos, y prácticamente todos ellos coinciden en atribuir esa creación a un ser superior o varios. De nuevo puede aplicarse aquí la explicación del barón de Holbach, es decir, que en estas cuestiones, cuando los humanos no encuentran la causa de algún fenómeno, por lo general debido a su ignorancia, dejan de investigar y se vuelven a explicaciones fantásticas, que resultan fáciles de asumir porque nos tranquiliza al dar sentido a la cuestión.

En nuestro Occidente judeo-cristiano, miles de personas continúan creyendo al pie de la letra el mito de la creación contado por la **Biblia**. Vegetales y animales salieron de las manos de Yahvé tal y como los veían los autores de esos mitos, es decir, como nosotros los vemos ahora mismo. Como solo tenían sus ojos para mirar la **naturaleza**, ignoraban los millones de especies invisibles debido a su pequeñez (algo que nosotros sí podemos hacer porque disponemos de aparatos muy sofisticados), ni podían incluir en la creación a tantas especies desaparecidas antes de que los humanos pobláramos este planeta. Por otra parte, los autores de la Biblia solo concebían a vegetales y animales como una gran despensa para su propio provecho. En cuando a la creación de la humanidad en una primera pareja a base de utilizar barro, el autor bíblico no cae en la cuenta de que tal cosa obliga a admitir que el creador tenía figura humana, algo que carece de importancia si tomamos esas narraciones como simples obras de literatura popular, pero que crea un grave problema para quienes creen que Yahvé es realmente un espíritu puro. Aparte de que no es original

Mientras, el Corán alimenta la imaginación de otros miles de personas atribuyendo a **Al-lah** la creación de las montañas y los ríos, del mar, de la lluvia, de los animales que le sirven y los vegetales de que se alimentan: *Él es quien creó para vosotros cuanto hay sobre la tierra* (Sura 2,29) Al igual que en la **Biblia**, los considera como alimento o ayuda para los humanos, aunque en varias ocasiones insiste en que son “signos” del poder y la munificencia de Al-lah. Se trata de una visión antropocéntrica, como la judeocristiana: Todo se ha hecho para nosotros, los humanos (no en vano Muhammad se inspiró en la Biblia o lo que sabía de ella) Tampoco falta la creación de la primera pareja utilizando el barro, que ya aparecía en la Biblia hebrea y cristiana, aunque aquello de la costilla de Adán no la encontramos por ninguna parte.

Todos los mitos de creación, y los hay por los cinco continentes, comparten idéntica estructura literaria: La que usamos los humanos para contar historias sorprendentes y maravillosas a nuestros hijos. Tanto las apariciones de la nada como aquellas en las que los espíritus se hacen visibles o audibles con sorprendente facilidad o los prodigios que realizan algunos personajes como si fuesen lo más natural del mundo, pertenecen al género de la literatura infantil. La ciencia, que trabajosamente, a través de varios siglos, los humanos han desarrollado contra viento y marea (el viento y las mareas religiosas y de la superstición) describen la creación de la vida de una forma mucho más creíble, incluso más elegante (aunque no sea definitiva).

Hasta ahora, la Tierra parece ser el único lugar en el que ha prosperado tan compleja realidad. Desde el microcosmos del plancton marino, de los virus y bacterias, hasta los seres más desarrollados, existe una sorprendente tendencia a elaborar los más sofisticados mecanismos para procurarse las necesidades básicas: alimentarse, adaptarse, protegerse de los peligros y reproducirse.

Plantas que parecen insectos, animales que imitan a las plantas, modos de regeneración inauditos, estudiados sistemas de propagación y reproducción, elaboradísimos laboratorios que transmutan las sustancias, formas de defensa sorprendentes, aprovechamiento de los mínimos recursos del entorno, hábitos de higiene, reglas de conducta en grupo, modos de comunicación. Una sola célula, animal o vegetal, nos deja sumidos en el asombro por su complejidad maravillosa. La simple y anodina hoja de una planta nos revela misteriosos procesos que jamás hubiéramos imaginado. Los códigos genéticos superan a los enrevesados circuitos de nuestras más complejas computadoras...

Aún así, entre todas las especies que habitan nuestro planeta, la humana es la más espectacular, pues la **naturaleza** le ha añadido, a la complejidad biológica, la psicológica y la social. La mente humana, es decir, el cerebro en acción, es el diseño más original y diferenciador a que ha llegado la evolución sobre la Tierra. Tiene como misión estructurar la conducta individual en relación consigo misma, con los otros individuos de su especie y su entorno natural. Se desarrolla bajo la influencia genética y la del medio ambiente, y es tan variopinta e insólita que no se repite jamás en dos individuos distintos. Tiene capacidades sorprendentes, como la de obtener información y elaborarla interrelacionando los datos y descubriendo así el comportamiento de la misma naturaleza, o la de descubrir la belleza y crearla, o la de progresar indefinidamente en el desarrollo tecnológico (esto último, nada positivo, por cierto). Por otra parte, la vida social ha dado origen a las más diversas e interesantes culturas. El hombre social ha creado las artes, las ciencias, la tecnología, la moral, la religión. Y aunque estas creaciones no siempre le han ayudado a mejorar su conducta y hacerle más feliz (más bien ha sucedido todo lo contrario en algunas circunstancias) estos son los hechos que lo diferencian netamente de los otros seres vivos. Aunque, a pesar de tales dife-

rencias, la vida humana es una rama del gran árbol de la Vida, con mayúscula, en este planeta único.

Sin embargo, el verdadero problema está en que la Vida es solo un relámpago de luz, un prodigio asombroso de una millonésima de segundo en el tiempo universal, un fenómeno más en la vida del universo, materia transformada hasta límites sorprendentes y condenada a desaparecer definitivamente cuando el Sol agote sus existencias de hidrógeno y se convierta en una gigante roja que la borrará para siempre de este planeta. No importa el tiempo que falte. Se cree que nuestro Sol se encuentra aproximadamente en una fase media de vida, lo que significa que le quedan unos cinco mil millones de años para extinguirse. En todo ese tiempo, aparecerán nuevas formas de vida, más complejas quizá, y los humanos habremos alcanzado un grado de desarrollo tecnológico, científico, filosófico y artístico que no podemos imaginar (si no nos suicidamos antes) Todo eso, y cuanto llevamos hecho a lo largo de la Historia, desaparecerá. Nada quedará de cuanto hicieron los grandes genios. Hasta ahora han desaparecido viejas y espléndidas civilizaciones, y lo lamentamos, pero al final desaparecerá la propia vida, y nuestro planeta será una roca más perdida en un Universo inmenso girando silenciosa y muerta sin llevar el menor recuerdo de todo lo maravilloso que se desarrolló en ella. Nadie sabrá jamás que hemos existido. Posiblemente ya haya sucedido lo mismo en otros mundos, hace miles de millones de años.

“Dentro de miles de millones de años —escribe **Carl Sagan**— habrá un último día perfecto en la Tierra. Luego, el Sol irá enrojeciendo e hinchándose lentamente y presidirá una Tierra que estará abrasándose poco a poco. Los casquetes de hielo polar se fundirán inundando las costas del mundo. Las altas temperaturas oceánicas liberarán más vapor de agua en el aire, protegiendo a la Tierra de la luz solar y aplazando un poco el final. Pero la evolución del Sol es inexorable. Llegará un momento en que los océanos entrarán en ebullición, la atmósfera se evaporará y se perderá e el espacio, y

una catástrofe de proporciones inmensas asolara a nuestro planeta”.

Pensar que no tiene sentido el hecho de que un ser sobrenatural haya creado la vida, tan compleja y maravillosa, y la haya destinado a desaparecer, no significa que sí tendría sentido en el caso de que su existencia fuese eterna, algo imposible en un universo como el nuestro. Solo quiero decir que este hecho, la existencia de una vida tan compleja y maravillosa, solo tiene sentido si aceptamos que ha aparecido en este planeta por los avatares de una evolución que es totalmente ciega.

Porque si la hubiese creado un ser sobrenatural, solo nos queda pensar que se ha dedicado a experimentar con sus extraordinarios poderes poniendo un interés especial en conseguir los resultados más sorprendentes y maravillosos, pero sin importarle en absoluto. ¿Por qué, entonces, tanta maravilla? ¿Qué sentido tiene crear miles y miles de especies diferentes, que, por cierto, van desapareciendo paulatinamente o por alguna catástrofe universal? ¿O llenar el planeta de billones de criaturas microscópicas? ¿Era necesario que el Creador dictara, para los seres vivos, una ley tan dramática como afirmar “si quieres vivir, mata”? ¿Era necesario crear bichos como moscas y mosquitos, arañas, cucarachas, alacranes, escorpiones, ácaros, garrapatas y aradores de la sarna? ¡Y virus! El autor de los pájaros y las flores, ¿acaso no lo es de las deformaciones fetales o del cáncer y otras enfermedades, por ejemplo? Pero si prescindimos de la idea de un creador y acudimos a la ciencia, todas esas interrogaciones se disipan: la vida apareció en la Tierra porque nuestro planeta, en un determinado estadio de su historia, llegó a reunir las condiciones necesarias para ello. Los detalles de este extraordinario acontecimiento primordial no se conocen aún, pero este es el único camino que tenemos para llegar al conocimiento de la **naturaleza**: buscar respuestas, una y otra vez, con la ayuda de hipótesis e instrumentos.

Y no abandonar esta línea de trabajo acudiendo a la respuesta, fácil de afirmar, pero difícilmente explicable, de la existencia de un Autor sobrenatural. En nuestro mundo natural todo puede explicarse naturalmente.

ADDENDA. No olvidemos el hecho de que ya, desde los inicios de la misma vida, tenemos un anticipo de ese final que nos espera: Los seres vivos, sean vegetales o animales, todos ellos verdaderos prodigios de complejidad, aparecemos en este planeta y desaparecemos sin remedio, continuamente. Pero nada de esto es de origen sobrenatural, todo es tan natural como la forma en que el universo se ha ido estructurando a través del tiempo desde el momento en que tuvo lugar la Gran Explosión.

Los dioses entran en escena

10. Mensajes del más allá

11. Carne divina

10. MENSAJES del MÁS ALLÁ

A pesar de las dificultades para conocer a la divinidad, según algunas religiones se ha comunicado con nosotros por dos medios: las escrituras sagradas y la encarnación. La primera forma de comunicación la analizamos aquí, la segunda, en el próximo apartado.

En los pueblos sin escritura, no hay otra forma de palabra sagrada que la transmisión oral, la recitación del mito, la transferencia de boca en boca, hasta constituir una verdadera y arraigada tradición. Muchos pueblos nunca dejaron por escrito esas tradiciones, pero otros sí lo hicieron, transmitiéndonos lo que hoy llamamos escrituras sagradas, y que se consideran así, sagradas, porque se supone que también lo son las tradiciones que contienen. La mayoría de esos escritos, para los que creen en ellos, están vinculados a las figuras humanas que iniciaron cada nueva religión y a sus discípulos inmediatos. Desconfiando de esa tradición oral, y de un modo deliberado, **Mani** (fundador del maniqueísmo en Irán, siglo III dC) consignó su doctrina enteramente por escrito. Los seguidores de **Mahoma** memorizaron el **Corán** conforme el Profeta lo iba transmitiendo. **Lao-tsé** parece ser el autor del libro sagrado del taoísmo, el **Tao-te-king**. **Confucio** recopiló los antiguos libros, y parece que escribió personalmente el último de ellos, el **Chun-Chiu** (Anales de primavera y otoño). **Buda** y **Jesús**, en cambio, no escribieron absolutamente nada y sus enseñanzas nos son conocidas a través de sus discípulos. Una parte muy importante de la Tanaj o **Biblia** hebrea, el Pentateuco (los cinco primeros libros) fue redactada por cuatro autores (o escuelas sacerdotales) hasta que alguien los unió definitivamente. Los cuatro **evangelios** cristianos fueron escritos por personas que no formaban parte del séquito de **Jesús** y que, por tanto, no fueron testi-

gos directos. (Esta afirmación, contraria a lo que sustentan las iglesias cristianas, resulta evidente por el hecho de que esos autores utilizaron escritos anteriores para redactar sus libros; un testigo de los hechos no necesita apoyarse en textos ajenos)

Datos sobre algunos textos sagrados:

El AVESTA, recopilación de las doctrinas de Zoroastro (o Zarathustra), maestro religioso iranio unos 500 años a.e.c.

Los VEDAS, forman parte de la sabiduría tradicional de la **India**, más antiguos que el Avesta, y escritos en un periodo de unos mil años.

El BHAGAVAD GITA, también en la India. En realidad es un episodio de la gran epopeya llamada Mahabharata. El B. Gita expone la doctrina del divino Krishna, encarnación del dios Vishnu.

El TAO-TE-KING se consideró sagrado aproximadamente un siglo después de haber sido escrito.

La BIBLIA hebrea consta de 39 libros, igual que la protestante. La católica admite 46 textos. Todos ellos se escribieron en un periodo de unos mil años.

El CORÁN es considerado como una traducción del verdadero, que está en el Cielo.

PRIMERA CUESTIÓN: ¿Un dios o varios?

Ante la existencia de tantas escrituras, todas ellas sagradas, será necesario preguntarse (siempre dando por supuesta la existencia de una divinidad que se interesa por nosotros): ¿Se manifestó en esos libros un dios para cada religión o proceden todos ellos de una sola divinidad? La tercera alternativa (solo una religión es de

origen divino y el resto no) no nos interesa debido a que resulta imposible saber cuál es la verdadera

Si fueron dioses diferentes los que enviaron mensajes a la humanidad, deberíamos ser politeístas. Pero el politeísmo, el ya desaparecido y el que todavía subsiste ha sido descartado en los apartados anteriores, así que sólo nos queda responder afirmativamente a la segunda parte de la pregunta. En este sentido (un solo Dios es el autor de todas esas escrituras), se mueven numerosas tendencias. Ya lo explicó claramente un santón bengalí en el siglo XIX: “Existen múltiples medios y caminos para acercarse a Dios, y cada religión del mundo muestra uno de esos caminos”. Si todas las creencias que hoy existen proceden de una misma divinidad, también sus libros sagrados.

Esta segunda interpretación resuelve un problema, pero plantea otro no menos importante: las profundas diferencias y divergencias entre unas y otras escrituras. Por ejemplo, los libros sagrados llamados **Vedas**, del hinduismo, proponen la creencia en diversas divinidades, mientras que a otros pueblos Dios les ha insistido en que no hay más que un Dios. Lo sobrenatural de que habla el **Tao-te-king** no es un dios personal como el de las otras religiones, y en el **Avesta** aparecen dos entidades, una bondadosa y perversa la otra, pero ambas igualmente divinas y con idéntico poder. La **Trinidad** cristiana no se parece absolutamente en nada a la trimurti hindú, y la rechazan tanto los musulmanes como los israelitas, quienes no entienden cómo tres entes divinos pueden formar un solo Dios. Niegan, pues, la divinidad de Cristo, algo que no les importaría a los hindúes, acostumbrados a creer en la pluralidad de seres sobrehumanos. Los **mormones** de **Joseph Smith** consideran a la Iglesia católica como una creación del demonio, y sin embargo, es el mismo Dios cristiano el que se comunicó con él por medio de un mensajero (también los mormones tienen su libro santo, el Libro de Mormón, encontrado en los EEUU en unas supuestas tablillas de oro).

No hay más alternativas, así que solo queda concluir que las sagradas Escrituras solo tienen un humilde origen humano. Incluso podríamos añadir un hecho que corrobora esta conclusión:

Estas y otras muchas diferencias de las que nos hemos ocupado, aparte la multiplicidad de sectas y divergencias dentro de una misma religión, ha dado lugar a enfrentamientos, no sólo verbales, que son inofensivos, sino cruentos, entre musulmanes e israelitas (recuérdese el larguísimo conflicto actual), entre protestantes y católicos, entre hindúes y musulmanes, entre islamistas fanáticos y cristianos, etc. No es posible entender cómo un mismo Dios ha consentido que sus mensajes provoquen tanta desolación y muerte.

Entendemos que estos conflictos tienen también componentes políticos y económicos, pero si los dos bandos enfrentados creyeran de verdad que la divinidad a la que rezan es única e idéntica, pondrían más énfasis en dialogar que en matarse.

Y todo esto nos lleva a concluir que la idea de un único Dios universal es sólo el deseo de algunos creyentes bien intencionados, es decir, una ilusión.

SEGUNDO CUESTIÓN: La historia del canon.

El conjunto de libros admitidos como sagrados constituyen lo que se viene llamando el canon o listado de cada religión. El canon budista fue establecido en un tercer concilio de monjes durante el reinado del emperador **Asoka**, convertido al budismo, 300 años a.e.c., pero no se redactó definitivamente hasta doscientos años más tarde, en lengua pali, en Sri Lanka. Para entonces, las **sectas** eran tan numerosas que cada una de ellas había fijado su propio canon de libros sagrados. El canon de las escrituras hebreas todavía no se había concretado definitivamente cuando Cristo anduvo por Palestina. El canon bíblico católico fue establecido por el papa Dámaso en el concilio de Hipona, allá por el 393. El **texto coránico** lo determinó el tercer califa, **Otmán**,

aunque otros autores afirman que la refundición final tuvo lugar en la época del omeya **Abd-al-Malik**, a finales del siglo VII, unos cincuenta años tras la muerte de Mahoma. En todos los casos, no se llegó a un acuerdo de la noche a la mañana, sino que hubo dudas y discusiones que duraron mucho tiempo.

Estos datos son interesantes porque ponen de manifiesto hasta qué punto la intervención humana es decisiva para comprender el origen de esas escrituras. Por ejemplo: somos nosotros quienes elegimos, entre varios escritos, cuáles deben pertenecer al canon, por lo tanto, somos nosotros quienes decidimos qué libros son divinos y cuáles no. Desde luego, se utilizaron ciertos criterios para determinar su origen divino, pero tales criterios fueron, claro está, supuestos humanos. Y por haber sido una solución humana, el canon de judíos y protestantes no coincide con el católico. Y en el **Corán**, se perdieron u olvidaron algunos versículos, y de los miles de "dichos de Muhammad" o *hadices*, se suprimieron centenares de ellos. Y los budistas andan todavía enredados en numerosas sectas que se inclinan por unos textos y rechazan otros. Y es precisamente la presencia de estas discordias internas, a las que nos vamos a referir en seguida, las que aclaran mejor aún la verdadera realidad del origen humano de las Escrituras.

LAS DUDAS en el CANON CATÓLICO

Como había tantos libros sobre **Jesús** y tantas comunidades repartidas desde Siria hasta Roma pasando por el norte de África, no era posible que todas llegaran a las mismas conclusiones al mismo tiempo, pero a finales del siglo II las cosas empezaron a aclararse. Por ejemplo: **en Roma** (según la lista, de autor desconocido, que fue descubierta en 1740), no aparecen ni Hebreos, ni Santiago, ni las dos de Pedro, ni **3Juan**, ni el Pastor de Hermas, pero sí incluye el Apocalipsis de Pedro y la Sabiduría de Salomón, que luego desaparecen del canon porque no resultaron inspirados.

En las Galias, según san Irineo, sí aparece el Pastor de Hermas como canónico, pero no hay noticia de 2Pedro, ni de la primera y tercera de Juan.

En el norte de África, ateniéndonos a lo que dice Tertuliano, falta también 2Pedro, 2Juan, Santiago y nada menos que el Apocalipsis.

Si pasamos a **las iglesias de Oriente**, y según el testimonio de Clemente de Alejandría, falta la carta a Filemón, la de Santiago, 2Pedro y segunda y tercera de Juan. Por el contrario, cita como “sagrados” al obispo Clemente de Roma, la Epístola de Bernabé, el Pastor de Hermas y el Apocalipsis de Pedro. Tanto la carta a los Hebreos, como las de Santiago, Judas, 2Pedro, segunda y tercera de Juan y el Apocalipsis, son llamados deutero-canónicos “por haberse dudado en algún tiempo de su **inspiración**”. Pero no podemos olvidar que hubo cuatro libros en el canon, o sea, considerados inspirados, que luego fueron retirados. A falta de indicaciones precisas por parte del Espíritu Santo, las decisiones tenían que tomarlas, necesariamente, los humanos creyentes.

TERCERA CUESTIÓN: Las **sectas**.

Aún nos queda una última reflexión. Si un Dios se comunicara con nosotros por escrito (aunque se vea obligado a utilizar a humanos), debería tener una razón muy poderosa. Los teólogos están de acuerdo en esta afirmación. En realidad, de esos mensajes dependería nuestro futuro en el más allá.

-Ahora bien, un mensaje divino de tan trascendental importancia debe ser inequívoco, de una claridad rotunda, inteligible para el más lerdo.

-Sin embargo, no hay un solo libro sagrado que cumpla esos requisitos.

Dejando aparte el hecho de que, en ocasiones, el mensaje principal aparece mezclado con historias y anécdotas que nada tienen que ver con él, es decir, que podría haberse expuesto en un par de párrafos (véase el exceso de palabras en la **Biblia** y el **Corán**, por ejemplo), basta observar la existencia de esos numerosos grupos de teólogos exegetas, especialistas en interpretar las oscuridades de los textos religiosos, enfrentados entre sí a causa de sus interpretaciones diferentes, y que han utilizado una disciplina llamada hermenéutica (arte de interpretar el sentido de un texto) que, en definitiva, no hace otra cosa que confirmar las creencias previas de una religión.

A causa de estas divergencias, han surgido nuevos grupos y sectas, y los herejes, cismáticos, renegados, apóstatas, incluso los escépticos, incrédulos y ateos. Es como si un padre escribiera a sus hijos una carta decisiva y éstos se vieran obligados a recurrir a un experto para que les aclarara lo que quiere decirles, con el agravante de que otro intérprete podría entender otra cosa diferente. Los hijos se dividirían y enfrentarían entre sí. No es razonable que un ente superior, considerado inteligente, recto, justo e imparcial, sea el autor de esos mensajes herméticos y enigmáticos.

NOTA. A pesar de su pretendido origen divino, y puesto que ningún creyente se atreve a llegar tan lejos como sería decir que esos libros los ha escrito un dios de su puño y letra, se ven forzados a admitir lo evidente: que sus autores son seres humanos. Pero puesto que esta evidencia borra de un plumazo su origen sobrenatural, acuden a una afirmación muy interesante para solucionar el problema: La divinidad ha influido de alguna manera en la voluntad de los autores humanos para inducirles a escribir (se supone que para dejar constancia de aquello que la divinidad quiere que sepamos). Algunas comunidades le han llamado a esto **inspiración**.

Pero, ¿cómo han llega los creyentes a tener conocimiento de esa inspiración? Sabemos que el único apoyo con el que cuentan es alguna frase de las propias escrituras sagradas, de forma que el argumento quedaría así: Estos textos son de origen divino porque lo dicen estos textos. Y ya sabemos que eso no es un argumento.

11. CARNE DIVINA

El intento divino más espectacular para darse a conocer es la encarnación. Las encarnaciones divinas estaban a la orden del día en el politeísmo ya desaparecido y lo están en las actuales. La mayoría de ellas comienzan con el embarazo de una mujer virgen, algo insólito, pero que, por ello mismo, sirve para explicar que el nacido se considere de procedencia divina. Tal cosa parece que se dio en Egipto con el faraón **Amenofis III**, en Babilonia con **Gilgamesh**, con el griego Perseo, con el tártaro Ulano, y otro tanto se afirma del famoso caudillo **Gengis Kan**, de los hindúes **Buda y Krisna**, o de los chinos **Confucio y Lao-tsé**.

Estos datos aparecen en Internet, aunque todos ellos no son de fiar. Yo solo puedo confirmar lo que se dice de Buda porque así lo cuenta Karen Armstrong, escritora inglesa especializada en temas religiosos. De todas maneras, parece cierto que en la antigüedad se utilizaba esta forma de expresar la importancia de un personaje que había realizado hazañas extraordinarias.

En nuestra civilización occidental, mayoritariamente cristiana, sigue vigente, con extraordinaria pujanza, la creencia en la divinidad de **Jesús** de Nazaret, y es a ella a la que nos vamos a referir en este apartado. Debemos dejar claro, sin embargo, que en este caso las cosas son algo diferentes. Jesús no es sólo el parto de una virgen, sino Dios mismo. Los personajes que hemos mencionado antes no llegan a semejante status.

Según la doctrina cristiana, las cosas ocurrieron así: la Segunda Persona de la **Trinidad**, actuando la Primera y la Tercera, se encarnó en el vientre de una mujer. Tal afirmación se deduce de un par de textos del Nuevo Testamento. He aquí cómo fue el nacimiento de Jesús: su madre, María, estaba prometida a José y, an-

tes de vivir juntos, resultó que había concebido por la acción del Espíritu Santo. (Mateo, 1, 18)

El segundo texto es más explícito. El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá de ti será llamado hijo de Dios. (**Lucas 1, 35**).

Estas expresiones son curiosas, aunque no explican nada: venir sobre **María** y cubrir con su sombra sugieren alguna forma de relación sexual al estilo divino, sin que intervenga el sexo, pero obviamente plantean numerosos problemas. Tal vez el más importante sea aquél que se refiere a la posibilidad de que un ser divino, que es un espíritu purísimo, según algunos creyentes, pueda tomar forma humana. La unión espíritu-materia, al ser dos conceptos tan opuestos, nunca ha sido explicada por los creyentes. Como la **Trinidad**, la **Encarnación** es vista por los cristianos como un misterio. Realmente lo es.

Otro problema es el de la fecundación de un óvulo sin que intervenga un espermatozoide. Sabemos que uno y otro aportan la mitad del código genético de la futura criatura, de forma que Dios tuvo que crear, se supone que de la nada, la información del espermatozoide si quería que Jesús fuese un hombre normal, perfecto. Pero tal cosa parece demasiado enrevesada si recordamos que *"Los espermatozoides varían no solo en su forma y rendimiento, sino también en el material genético que cada uno lleva. Hasta ahora, existía la suposición general de que realmente no importa qué esperma fecunda un óvulo mientras pueda fertilizarlo, pero ahora hemos observado que hay diferencias masivas entre los espermatozoides y en cómo afectan a la descendencia"* (<https://www.infosalus.com/salud/investigación>)

Los naturalistas saben, incluso desde los tiempos de Aristóteles, que en la naturaleza existe la **partenogénesis**, exactamente lo que se dice de María la virgen: "Desarrollo de un individuo a partir de un único gameto, por lo común el óvulo" (Diccionario Enciclopédico Salvat). Pero, por supuesto, ese modo de procreación sólo pertenece a grupos muy concretos de plantas y de animales (peces, reptiles y aves), no al nues-

tro. En los mamíferos no se cree que sean capaces de ello, ya que su reproducción requiere copias de genes de ambos padres. Con lo que por el momento, no contaremos con **partenogénesis** humana.

Sigamos con la doctrina cristiana.

A esa extraordinaria criatura llamada Jesús, se le unió, en el vientre de María, la Segunda Persona de la Santísima **Trinidad**, de tal forma que ahora resulta doblemente extraordinaria: tiene una naturaleza humana y otra divina. Pero el hombre Jesús no es una persona. La persona de Jesús es esa Segunda que se le ha unido. Jesús tiene un cuerpo, un alma y una conciencia humana, pero el sujeto de todas sus acciones es Ella, la Segunda.

Al ser divina la persona de Jesús, puede decirse que María, su madre, es la madre de Dios. No sabemos si, por ese camino, se puede decir que a los abuelos, tíos y primos de Jesús debe llamárseles abuelos, tíos y primos de Dios. Nadie habla de eso.

No nos interesa aquí exponer el significado del término persona en la filosofía griega antigua, porque, tratándose de la Trinidad y de Jesús, todo se deriva de la teología cristiana, ya desde **Agustín de Hipona** (354-430). El concilio de **Calcedonia** (451), al defender la afirmación de la unidad de la persona de Cristo, planteó el problema clave para los no creyentes: cómo es posible que exista una naturaleza humana sin personalidad humana.

La forma en que Dios se une con Jesús es difícil de explicar, pero la teología se ha esforzado en hacerlo. No es una unión accidental ni moral, ni Jesús es simplemente portador de Dios, ni puede decirse que Dios mora en Jesús, ni siquiera se trata de una unidad formal de las dos conciencias, humana y divina. La fe cristiana recurre a otra expresión: la naturaleza humana de Jesús ha sido asumida en la unidad y dominio de la persona divina.

A estas alturas, el lector se habrá dado cuenta de lo difícil que resulta aceptar este discurso teológico, mucho más complicado de lo que se acaba de exponer, que no es más que una brevísima reseña. Pero a

pesar de este despliegue deslumbrante de teología, ésta es una visión de Jesús que no concuerda con la realidad.

Si examinamos los **evangelios**, observamos que el Maestro dijo de sí mismo que era un hijo de hombre, la puerta de las ovejas, el pan de vida, el buen pastor, la luz del mundo, pero no se le ocurrió decir “yo soy la Segunda Persona de la Santísima **Trinidad**”.

Si Jesús hubiese dicho tal cosa nadie le hubiera entendido, dirán los creyentes. Pero en el evangelio de Juan, Jesús da a entender algún atisbo de su divinidad y tal cosa no supuso ningún inconveniente para que los cristianos siguieran su camino.

A lo más a que llegaron sus allegados y conocidos fue a llamarle Hijo de Dios, lo que en lenguaje hebreo no significa otra cosa que “una filiación adoptiva resultante de una elección divina que establece entre Dios y su criatura relaciones de una intimidad particular” (**Biblia** de Jerusalén, nota 4, 3 de Mateo).

Los judíos, y sus discípulos también lo eran, no podían ver en él la encarnación de la Segunda Persona de la **Trinidad**, porque no conocían la Trinidad ni se la podían imaginar siquiera, de modo que lo más razonable es pensar que Jesús, judío e hijo de su tiempo, tampoco se viera a sí mismo como tal. En realidad, el Jesús-Dios fue la visión de algunos de sus seguidores, especialmente San Pablo, de quien actualmente se dice que fue el verdadero fundador del cristianismo. Y de san **Juan**, a quien se atribuye el cuarto evangelio, escrito tardíamente, y en donde la divinización de Jesús aparece mucho más clara que en el evangelio de Marcos, escrito pocos años después de la muerte del Maestro.

El nomadeo divino asumiendo carnalidad humana fue un fracaso: nadie lo reconoció, ni siquiera los que vivieron a su lado, mucho menos el resto de las naciones del mundo. Su muerte en la cruz, dictaminada por una autoridad romana contra los sediciosos (haber querido hacerse rey de Israel), y con aquella trágica declaración (*¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?*), supuso el reconocimiento de la com-

pleta y exclusiva naturaleza humana de Jesús. Él mismo reconoce su fracaso como predicador y, por lo tanto, como hombre divino.

EL FRACASO de JESÚS en los EVANGELIOS

-¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, hace tiempo que se hubieran convertido. Por eso os digo que el día del juicio habrá menos rigor para esas ciudades que para vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el infierno te hundirás! porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, aún subsistiría el día de hoy. El día del juicio habrá menos rigor para Sodoma que para ti (Mateo 11, 21-24)

-¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus polluelos bajo las alas y no habéis querido! (Mateo 23, 37)

-Al acercarse y ver la ciudad (Jerusalén), lloró por ella diciendo: ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! (Lucas 19, 41)

-Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: Está fuera de sí (Marcos 3, 21)

-Es que ni siquiera sus hermanos creían en él (Juan 19, 41)

-En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su tierra (Lucas 4,24)

-Vosotros no me buscáis porque hayáis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado (J. 6, 26)

-¿No es éste Jesús, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora que ha bajado del cielo?(Juan 6, 42)

-Aunque había realizado tan grandes señales delante de ellos, no creían en él (Juan 12, 37)

-Muchos entre la gente decían: Éste es sin duda el profeta. Otros decían: Éste es el Cristo. Pero otros replicaban: ¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo? (Juan 7, 40)

En resumen:

La encarnación de Dios pasó desapercibida para la humanidad. La vida de Jesús fue un suceso histórico totalmente anodino. Ningún escritor de aquella época nos dejó texto alguno diciendo que la divinidad había aparecido en Israel.

Flavio Josefo, historiador judío nacido unos diez años después de la muerte de Jesús, escribió un párrafo acerca de él (incluido en su obra *Antigüedades judías*), en el que comenzaba diciendo: “Por aquella época vivió Jesús, un hombre excepcional, si es que puede llamársele hombre, ya que llevaba a cabo cosas prodigiosas”. Pero las distintas versiones que existen del texto son divergentes y los expertos están convencidos de que contiene interpolaciones cristianas posteriores, como la frase si es que puede llamársele hombre.

De todas formas, uno esperaría que el descenso a este mundo terrenal nada menos que de una divinidad, un ser extraordinario y todopoderoso, tuviera consecuencias también extraordinarias para nosotros. (Encarnarse para derramar su sangre humana con vistas al perdón de los pecados, no es nada relevante, pues el Padre podía haber obtenido los mismos resultados sin recurrir a un procedimiento tan drástico. Por otra parte, y puesto que tanto el Padre, que es el que exige una reparación, como el Hijo, el que la ofrece, son el mismo Dios, el resultado es que Dios se satisface a sí mismo. El dogma de la **Trinidad** hace difícil de entender el dogma de la Encarnación y el de la muerte vicaria).

Nada especial ocurrió. Los pecadores continúan condenándose en el infierno, los humildes siguen sufriendo guerras y hambre, la justicia social brilla por su ausencia. A decir verdad, lo que Jesús predicaba, la llegada del reinado de Dios, sí hubiera sido algo extraordinario digno de una divinidad. Pero no sucedió tal cosa.

Orígenes y desarrollo

12. El árbol

13. La cebolla

12. EL ÁRBOL

La Historia de las Religiones ha demostrado, hasta la saciedad, que no existe ninguna religión totalmente original, que haya surgido como de la nada, que no proceda de otra religión al menos en algunos rasgos. Desde los orígenes de la humanidad, donde se encuentran las raíces de las creencias religiosas, éstas han ido creciendo como un árbol poderoso que muy pronto comienza a proliferar en numerosas ramas que se entrelazan entre sí. Todo conjunto de creencias procede de otro anterior, al que se han añadido nuevos elementos, ahora sí originales.

Sería interesante poder determinar en qué forma se ha ido desarrollando el ramaje de este árbol desde un lejano tiempo prehistórico, pero sería una labor imposible dado el tiempo transcurrido y la escasez de registros, escritos o arqueológicos, sobre los que basarnos. Pero hay una forma más sencilla: podemos comenzar por los tiempos recientes y retrotraernos hasta donde nos puedan conducir los estudios ya realizados.

Los tiempos más recientes nos muestran la existencia de las numerosas **sectas** surgidas del islamismo, el cristianismo, el judaísmo, el budismo y otras religiones. También está bien documentado el hecho de que **Mahoma** tomó de los árabes preislámicos al dios **Al-lah** (1), casi olvidado entre otros dioses y diosas en la Kaaba, y fundamentó sus creencias a partir de los libros apócrifos de judíos y cristianos. Creencias como la unicidad de la divinidad, el profetismo, el juicio final, el paraíso y el infierno, por ejemplo, proceden del judeocristianismo.

(1) Se trata del dios cananeo El, en árabe Il (**il**) o Ilá (**ilá**); al-Ilá (**al-ilá**) se contrae en Al-lá.

“A su vez, el cristianismo no es, originariamente, más que una rama desgajada (una secta) del judaísmo, cuyas escrituras sagradas acepta, y a las que añade la figura divina de **Jesús**, su labor redentora y la personificación del espíritu de Dios. Los estudios más actuales han demostrado que el cristianismo fue influido por la cultura helenística, aunque estas ideas las recibió a través de la cultura hebrea: el dualismo (Dios y los poderes del Mal), la ética humanitaria del estoicismo, las ideas sobre el Hades y el Infierno, una salvación muy parecida a la que ofrecían otras religiones de misterio, las ideas filosóficas del platonismo, propaladas a través de judíos como **Filón de Alejandría** (ideas que incluyen el concepto de “logos” que luego aparece en el evangelio de **Juan**), etc.” (Orígenes del cristianismo, de **A. Piñero**)

Por último, el judaísmo tomó determinados rasgos de los dioses cananeos **EL** y **Baal** y los aplicó a **Yahvé**, así como recibió influencias del zoroastrismo persa cuando la deportación a Babilonia: los signos escatológicos que precederán al fin de los tiempos, la resurrección de los muertos, los ángeles, un cierto dualismo (el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas), etc.

Pero aún podemos seguir más hacia atrás. El **zoroastrismo** persa tenía claras influencias de los dioses iraníes, la más interesante de las cuales es el haber convertido a una divinidad del antiguo Irán, un ahura, en el dios supremo **Ahura Mazda**. Ahora bien, esos iraníes eran arios, tribus de origen indoeuropeo procedentes del sur de la Rusia actual, que también se extendieron entonces por la **India**. Iraníes e hindúes tienen, pues, un origen común, y no resulta extraño que sus creencias se parezcan. Por ejemplo, la bebida llamada soma en la India y ahoma en Irán, que acaba convertida en una divinidad.

Pero hay otro dato interesante: los arios también penetraron en Europa, llevando por todas partes (baltos, eslavos, germanos, celtas) sus creencias ancestrales. Aunque no necesariamente tuvieran todos los arios las mismas creencias, sí es cierto que deberían estar emparentadas, y así se extendieron por un área geográfica muy extensa. Estos pueblos arios ya andaban emigrando unos dos mil años a.e.c., lo que les otorga una singular antigüedad.

Más antiguas aún fueron las creencias de los **sumerios** en Irak, cuyos dioses no son más que la personificación de los fenómenos naturales. Téngase en cuenta que el hecho de concebir a estos fenómenos como seres divinos es algo que puede constatarse en los estratos más antiguos de las creencias religiosas de todos los pueblos del planeta. Esta personificación de los fenómenos naturales enlaza perfectamente con las primeras experiencias de los hombres anteriores a la Historia.

Mircea Eliade, el conocido historiador de las religiones, analiza, en su libro *Mito y realidad*, las creencias comunes de numerosos pueblos, a veces muy distantes entre sí. Se trata de un verdadero sustrato religioso que recorre todas las áreas geográficas del planeta. Mitos de la creación, del caos primordial, del paraíso perdido, de una catástrofe universal de la que se salvan unos pocos, del fin del mundo, dioses solares y lunares, festividades del año nuevo, ritos de iniciación, de entronización de un rey, etc. La mayoría de estas creencias se encuentran tanto en el continente americano como en Polinesia, Europa o Asia, sin descartar las viejas culturas africanas.

Esta comunidad de ideas religiosas es posible explicarla por proximidad geográfica, pero cuando se encuentran en lugares tan distantes resulta lógico suponer que provienen de un tronco común, cuyas ramas se encuentran diseminadas por todos los con-

tinentes. Nos encontraríamos ya no en las raíces, pero sí en el tronco común del árbol religioso.

Los creyentes utilizan estas circunstancias, con las que están totalmente de acuerdo, como argumento para demostrar que la religiosidad es innata en el género humano. Más adelante, veremos otra versión diferente sobre ese tema.

Se ha dicho que **San Agustín** sugirió la posibilidad de que en los tiempos más remotos se hubiera producido una revelación divina universal. Imposible demostrarlo, pero de todas formas, esto que tenemos hoy, esta proliferación de religiones contradictorias que han dado, y están dando lugar, a rivalidades entre grupos religiosos, no pueden venir de ninguna revelación universal.

13. LA CEBOLLA

Un lector atento se habrá dado cuenta de que en los apartados precedentes no hemos hecho otra cosa que darle vueltas a una misma idea: la imagen que tenemos de la divinidad es totalmente una elaboración humana. Todo cuanto se dice de los seres sobre-humanos procede de lo que nos han ido diciendo, a través de los siglos, ciertos individuos humanos, muchos de ellos bien conocidos. Ellos han construido una extraordinaria estructura especulativa alrededor de la divinidad, como las numerosas y sucesivas capas de que se compone una cebolla, dejando a Dios en el centro, oculto por tanta reflexión y verborrea.

Si examinamos esa estructura teológico-filosófica, es fácil caer en la cuenta de que se trata del inevitable **antropomorfismo**, aunque esos autores se muestren cautos a la hora de hablar de atributos y esencia divina. Los filósofos afirman que no se trata de saber lo que es Dios realmente sino sólo lo que es para nosotros, según nuestra forma de ver las cosas. Conclusión a la que se llega lógicamente: nada sabemos acerca de la divinidad tal y como ella es. Lo nuestro es pura cháchara, capas de una cebolla, estructura especulativa espectacular y sesuda alrededor de un centro que, cuando se llega a él, se descubre vacío.

Aquí nos interesa examinar, siquiera brevemente, ese extraordinario esfuerzo intelectual para demostrar una vez más que Dios no es otra cosa que el resultado de las divagaciones humanas.

Una de las capas profundas está formada por los escritos sagrados. Resulta imposible transcribir todos esos textos, así que nos vamos a limitar a escoger algunos párrafos de entre la incontable multitud que poseemos.

Lo que dicen los **libros sagrados**:

- El **Tao** es un ser oscuro y luminoso. En su oscuridad es luminoso, porque en su interior están las formas. En su luminosidad es oscuro, porque en su interior contiene los seres. Profundo y secreto, en su interior se halla la esencia. Esencia muy real. En ella está la verdad. (Tao-te-King, China).

- **Ahura Mazda**, el buen Dios de las disposiciones bondadosas, santo, brillante y glorioso, de quien proceden todas las cosas excelentes. (Avesta, Irán).

- ¡He aquí a **Ra**, que desciende hacia el horizonte occidental! Él es único, el Dios oculto del Duat, el Alma sagrada que preside los destinos del Amenti, ¡el Ser bueno, cuya vida es eterna! (Libro de los Muertos, Egipto).

- Yo soy (**Krishna**) el principio del mundo y soy su fin. No hay nada absolutamente superior a mí. Conmigo está entrelazado el Universo entero como están enhebradas en un hilo las perlas de un collar. Yo soy el eterno germen de todo cuanto existe. (Bhagavad)

- Él ama la justicia y el derecho, la tierra está llena del amor de **Yahvé**. Con su palabra, Yahvé hizo los cielos y con el sople de su boca todo cuanto hay en ellos... Yahvé se asoma desde el cielo y contempla a todos los humanos, él formó el corazón de cada uno y vigila cuanto hacen. (Biblia judeo-cristiana).

- De **Al-lah** son el oriente y el occidente. Adonde quiera que os volváis, allí está la fe de Dios. ¡Dios es inmenso, omnisciente! Es el creador de los cielos y la tierra. Y cuando decide algo, dice tan sólo: 'Sé' y es. (Corán, Arabia).

Las capas de nuestra cebolla están formadas, principalmente, por una literatura religiosa que abarca muchísimo más que los

consabidos libros divinos. Las diferentes escuelas teológicas y filosóficas, creadas alrededor de las primitivas creencias, han redactado incontables comentarios y exégesis acerca de esas escrituras, han llevado a cabo enrevesadas y contradictorias interpretaciones de sus textos y han obtenido conclusiones filosóficas innumerables. Éste ha sido, por ejemplo, el trabajo de las seis escuelas principales de la **India**, precedidas de las sesudas e interminables especulaciones de los Aranyakas, los Brahmana y los Upanisad, verdaderas colecciones de libros. Éste fue también el trabajo de las escuelas rabínicas, que meditando sobre la Ley, dieron lugar al **Talmud**, el Halaká, los Targumin, etc, y en otra línea diferente, a la Cabala.

En el cristianismo primitivo, los llamados **Padres de la Iglesia** hicieron una extraordinaria labor apologética y teológica en su lucha contra el paganismo y las herejías, y en la Edad Media, la escolástica produjo una enorme cantidad de textos de reflexiones religiosas. Y así hasta nuestros días, con las nuevas aportaciones de la crítica literaria e histórica. En el Islam surgieron también diferentes escuelas con comentarios del **Corán** y de la Sunnah. Y no puede faltar aquí la literatura mística, en prosa y en verso, que se ha desarrollado tanto en el hinduismo como entre los judíos, cristianos y musulmanes.

Junto a esta literatura de altos vuelos, creció, desde hace siglos, otra más popular, más íntima, más emotiva: los libros piadosos, contados por centenas de millares, que consuelan, edifican, animan, mantienen la fe, en definitiva.

Aún existe otra literatura, que podríamos llamar oral, tan importante como la escrita para construir el edificio divino. Se trata de esa actividad hablada que se desarrolla en los edificios sagrados y fuera de ellos: homilías, conferencias, ejercicios espirituales, catequesis, enseñanza religiosa en escuelas (madrasas musulmanas) y universidades, etc. Del mismo modo, aprovechando los medios

de comunicación de masas, las charlas, rezos, comentarios, proclamas, en programas de radio y televisión, puesto que muchas religiones disponen, no sólo de una prensa especializada, sino de emisoras de TV y radio.

Pero las capas de nuestra cebolla no están formadas únicamente por la literatura, oral o escrita. Para un público mayoritario, el arte en todas sus facetas, incluida la música, habla también de Dios. Cualquier manual de Historia del Arte nos pone en contacto con las extraordinarias obras de antiquísimos y modernos arquitectos que diseñaron los templos más hermosos en todo el mundo, magníficos en la **India**, Birmania, Tailandia, Indonesia, China, Japón, adornados con admirables esculturas de carácter humano o animal, y que se extienden en un periodo de tiempo de muchos siglos. Ajena a la exuberancia oriental, pero no demasiado, la arquitectura y escultura cristianas han creado obras magníficas, desde las capillas, santuarios, ermitas y monasterios hasta las majestuosas basílicas y catedrales. La imaginería religiosa cristiana, del mismo modo que la música popular y sinfónica, tiene nombres y obras mundialmente famosos, y otro tanto puede decirse de la pintura, que fue religiosa desde sus comienzos y ha dado como fruto una copiosa obra que se guarda en los templos y museos de todo el mundo occidental. El **Islam**, debido a su prohibición de hacer imágenes o pinturas de la divinidad o humanas, no ha creado nunca un arte rigurosamente religioso, pero en cuanto a sus lugares de oración o mezquitas, algunas son verdaderas joyas arquitectónicas.

Puede decirse, con toda razón, aunque en un sentido diferente, que Dios está en todas partes. En el cine y el teatro podemos ver obras específicamente religiosas, y en caso de no serlo, otras muchas están salpicadas de referencias a la divinidad, y todo lo que esta idea conlleva. Si miramos los escaparates, encontraremos las

pequeñas imágenes de escayola y madera y las pinturas de personajes religiosos para adornar la casa. Las procesiones, tan arraigadas entre hindúes y cristianos, las celebraciones multitudinarias, las campanas de nuestros templos o la voz del muecín en las mezquitas, el paso de monjas y sacerdotes y de adoradores de Krishna en Occidente, de seguidores de Visnú luciendo en la frente el signo del dios, de un sadhu errante semidesnudo en Ceilán o Calcuta, de un grupo de hasidim en Jerusalén, o de mormones y Testigos de Jehová que nos abordan en una esquina casi por todo el mundo, nos están hablando en cualquier momento de una supuesta divinidad escondida. Lo sagrado es como una atmósfera mística y extraña que nos envuelve por todas partes y en todo momento, no podemos evadirnos, soslayarla o ignorarla.

Esa extraordinaria estructura edificada a través de los siglos, en todo el planeta, es en realidad todo lo que tenemos de la divinidad. Si desapareciera todo eso, ¿qué quedaría? Tal vez por esa razón, porque de Dios nada sabemos, hemos creado tan complejísima armazón, y la seguimos construyendo, para que él no desaparezca.

Ahora bien, ¿resulta creíble que se pueda edificar todo ese andamiaje en el aire, sin fundamento alguno? No.

Ese fundamento está inscrito en la propia **naturaleza** humana: Los humanos siempre hemos sentido una atracción especial hacia lo maravilloso, lo excepcional, lo fantástico y mágico. El mundo de lo sobrenatural reúne todos esos ingredientes y algunos más: el poder soberano, la posibilidad de hacerlo propicio, la esperanza de compartir con ese mundo la inmortalidad, etc. Y siempre ha habido una tendencia natural a creer en seres superiores que debe tener su origen en los tiempos más remotos de nuestra historia, cuando los hombres primitivos se enfrentaban a una **naturaleza** cuyas fuerzas eran tan superiores a ellos que resultaban incomprensibles e incontrolables. Aquella sobrecogedora experien-

cia quedó grabada para siempre en el inconsciente colectivo, aunque no afecte de forma mecánica a todos nosotros.

De todas formas, el Apéndice 1 está dedicado a rastrear el posible origen de todas nuestras creencias, al que hay que añadir, por supuesto, las aportaciones de esas personalidades religiosas relevantes (de sus seguidores, para ser más exactos) a las que ya hemos hecho referencia. Pero, en realidad, cuando hablamos del origen puramente humano de las creencias religiosas, lo que queremos significar es que resulta imposible que procedan de alguna divinidad; imposible porque incluso la **inspiración** o sacralidad de ciertos libros es una afirmación nada más que humana. Y las pretendidas revelaciones a determinadas personas, como ya hemos visto, en el caso de que fuesen reales solo serían válidas para esos individuos.

APÉNDICE 1

LA NATURALEZA COMO HIEROFANÍA

Recogiendo la opinión de diversos autores, desarrollamos aquí una hipótesis que si bien nunca podrá ser comprobada no por ello deja de ser sumamente verosímil:

La naturaleza fue una hierofanía para los hombres primitivos y, por consiguiente, el origen de las creencias en seres sobrehumanos.

Al hablar de la **naturaleza**, nos estamos refiriendo a este Útero en el que vivimos, a la biosfera, constituida por los mares, las tierras, los seres vivientes y los fenómenos telúricos y atmosféricos: terremotos, maremotos, vientos, huracanes, lluvias, tormentas, etc. Añadamos el espacio exterior, el cielo diurno y nocturno, el Sol y su trayectoria, la Luna con sus fases, las estrellas y cuerpos fugaces, como cometas y meteoritos. El propio ser humano es, entonces más que ahora, parte integrante de la naturaleza, y consustancial al hombre es su situación fisiológica y psicológica, así como sus más diversas experiencias: nacimiento, enfermedades, necesidad de alimentación, regocijo, sueños, soledad accidental, frustraciones, desamparo, muerte.

El término hierofanía, debido a Mircea Eliade y que han aceptado gustosamente todos los autores de temas religiosos, significa que “el hombre toma conocimiento de lo sagrado porque éste se le manifiesta, se le muestra, como algo totalmente distinto de lo profano”. Lo profano, seguimos a M. Eliade, es lo que el humano maneja cotidianamente: el espacio donde duerme y come, los utensilios, las herramientas, las armas para la caza, la piel con que se viste, los adornos, el propio cuerpo. Las cosas profanas son próximas, permanecen ante nuestra mirada sin cambios (o sufren cambios que pueden ser previstos y carecen de peligro), son ma-

nejables y conocidas, el ser humano las domina y las controla para su provecho.

Por el contrario, lo sagrado es lo desconocido, lo misterioso, lo impenetrable, todo cuanto posee un poder, una fuerza que nos puede destruir sin remedio. A causa de esas características, no puede ser previsto ni controlado, no se parece a nada de lo que conocemos, escapa a nuestra comprensión, se sitúa en los fenómenos naturales y detrás de ellos, ante él nos sentimos inermes y desamparados. El sentido de la expresión “totalmente otro” se refiere a que lo sagrado es algo distinto, profundamente distinto, a lo profano por las razones que hemos expuesto.

No siempre, sin embargo, lo sagrado se muestra como poder en el sentido de fuerza. Hay circunstancias (el propio cuerpo y todas sus manifestaciones y experiencias, los fenómenos naturales no peligrosos, como la lluvia y tantos otros, la vida de los vegetales, etc.), en las que el elemento que domina es simplemente el misterio, puesto que se ignora cómo se producen esos fenómenos y por qué. Y este dato, la ignorancia, no hace más que subrayar la pequeñez y la impotencia humana ante algo que le desborda totalmente, sea amenazador o no lo sea.

(Podríamos decir que hoy, con los avances de la ciencia en todas las áreas, lo sagrado ha ido reduciendo sus dimensiones progresivamente: cuanto más sabemos, menos misterios quedan. Por supuesto que a los amantes de lo sobrenatural aún les resta mucho en donde descansar sus creencias: ese Universo gigantesco que nunca llegaremos a desentrañar totalmente y ese otro, diminuto, de las partículas subatómicas).

Cuando hablamos de humanos primitivos, que veían la **naturaleza** con ojos diferentes a los nuestros, puesto que eran totalmente ignorantes respecto a lo que ahora sabemos sobre todos esos fenómenos naturales, nos referimos a aquellos grupos que vivieron en los albores de la humanidad. Ya sabemos lo difícil que es conocer el periodo exacto en que apareció el ser humano (en

realidad no existe tal período exacto, puesto que la evolución es un continuum), mas para nuestro propósito lo esencial es constatar que hubo un tiempo en el que nuestros antepasados poseyeron la capacidad mental necesaria para percibir la naturaleza y sus fenómenos. Ahora bien, percibir no es suficiente; es imprescindible, para captar esos fenómenos como sagrados (en el sentido que ya quedó explicado), que la criatura humana tenga conciencia de esos fenómenos. Los animales, sin duda, perciben la lluvia, el calor, el latigazo del rayo, pero no están capacitados para tomar conciencia de ellos. Tomar conciencia de un hecho significa, ante todo, detenerse ante él (no necesariamente de modo físico), tomar nota de su existencia, observarlo, preguntarse, reaccionar con ciertos sentimientos (atracción, rechazo, asombro, inquietud, curiosidad, placer, etc.) No es lo mismo ver un árbol, incluso registrarlo en la memoria (cualquier animal superior puede hacer ambas cosas) que captarlo como algo que tiene existencia propia. Sólo a partir de ese momento puede surgir una disposición psicológica más elaborada: constatar las similitudes entre diversos árboles distintos. Posteriormente, la conciencia construye el concepto de árbol, que queda archivado en ella para ser aplicado a todos los árboles existentes. Indudablemente, esto es ya una abstracción, capacidad que algunos psicólogos dudan que tuvieran nuestros remotos antepasados. De todas formas, aquí sólo nos interesa el hecho, la capacidad de tomar conciencia, aunque sea de una forma mínima, rudimentaria. No es necesario imaginarnos a aquellos humanos con nuestras capacidades psicológicas actuales, tan elaboradas. Nos basta con dejar sentado que en alguna época del pasado, ciertos homínidos habían desarrollado ya una capacidad suficiente para percibir la **naturaleza** como algo distinto de su pequeño mundo de relaciones, como poder, como misterio (misterio como el resultado de la ignorancia). Nos da igual que esta facultad la poseyeran los australopitecus o que no apareciese hasta el hombre erecto. Lo que nadie puede rechazar es que esa

facultad la poseyó el ser humano en algún tiempo determinado dentro del largo período de su evolución.

Sólo nos resta precisar que, según los especialistas, la vida de aquellas criaturas se reducía a buscar alimento de forma oportunista (encuentro de restos de animales, frutas, semillas o raíces) o algo más organizada (la caza) y que, diseminados por diversas partes del globo, unos grupos vivieron en lugares muy diferentes a otros desde el punto de vista geográfico. Tampoco podemos descartar la posibilidad (comprobada en muchos casos) de que un mismo grupo cambiara a situaciones ambientales distintas en el transcurso de sus migraciones. Estos datos son muy importantes a la hora de interpretar los fenómenos de la naturaleza (no es lo mismo, para percibir los fenómenos naturales, vivir en una estepa que en un bosque, por ejemplo)

Finalmente, aclaremos que no se trata de demostrar la religiosidad del hombre primitivo. No hablamos aquí de creencias, ni siquiera de animismo o politeísmo, sino del origen de esas creencias que, evolucionando a través de los siglos, dieron lugar a formas de religiosidad determinadas y concretas.

A partir de estos presupuestos, imaginemos cómo pudieron suceder los hechos.

1) Un pequeño grupo de homínidos se ha resguardado, al atardecer, en un entrante de la montaña en forma de cueva. El cielo se ha cubierto de densas nubes. Muy lejos, destellos de luz surcan los nubarrones, y un ronquido sordo truena de vez en cuando sobre la cima de la cordillera. La tormenta se acerca. Los estampidos suenan cada vez con más fuerza. Finas líneas de luz ramificada se cruzan entre el cielo y la tierra. Una lluvia torrencial golpea con fuerza las rocas ante la cueva. Sobre las propias cabezas de las criaturas atemorizadas, estallan los truenos como estampidos que cabalgaran a lo largo de las nubes grises y negras. Un árbol

alcanzado llamea y se carboniza a la vista de todos. Cascadas de agua sucia ruedan junto a la cueva y salpican al grupo.

2) Los homínidos caminan recogiendo frutos por el llano. No muy lejos, la amenazadora forma de una montaña humea solitaria. En cierto momento, la tierra bajo sus pies tiembla levemente. Se detienen asustados sin saber qué hacer. El temblor del suelo se repite con más intensidad y un ronquido subterráneo añade una nota lúgubre y amenazante. Las criaturas gritan y corren hasta detenerse lejos, agotados. Un estruendo llega desde lejos y entonces, espantados, ven cómo la cima de la montaña se convierte en una enorme boca que vomita fuego, densas nubes de humo y piedras que saltan encendidas. Las cenizas ardientes caen sobre ellos y les hace huir de nuevo. Una lengua de fuego, lenta e inexorable, se desliza por la ladera de la montaña.

3) El pequeño clan permanece a la orilla de un río bebiendo y descansando. Muy lejos, sobre la cordillera que cierra el horizonte, densas nubes descargan toneladas de agua. Por las cañadas y los barrancos, torrentes encenagados se precipitan cuesta abajo. Ellos no saben nada del peligro que les acecha. De pronto, uno de ellos da la voz de alarma: ha visto la espuma sucia que avanza entre las colinas tronchando los árboles a su paso. El rumor de la avalancha se hace más fuerte. El grupo se dispersa precipitadamente, pero es demasiado tarde. La montaña de agua que viene por el río cae sobre algunos y los arrastra sin compasión. Los demás contemplan el fragor de la avalancha hasta que todo acaba y el río se convierte en una vasta extensión de agua embarrada en la que flotan a la deriva animales muertos y ramas retorcidas.

Estos son casos de fenómenos naturales de mayor impacto, los más espectaculares. No se trata de pura imaginación. En la **Biblia** encontramos un relato parecido (el pueblo se encuentra al pie del monte Horeb o Sinaí): *Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos*

y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompetas. Todo el monte Sináí humeaba, porque Yahvé había descendido sobre él en forma de fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia. Moisés hablaba y Yahvé le respondía con el trueno (Éxodo 19, 16-19). La narración es lo más parecido a una erupción volcánica, o a una aparatosa tempestad desencadenada en la cima del monte. Los hebreos lo entendieron como una presencia divina. Nuestros antepasados no podían llegar a tanto, pero idéntico espectáculo debió provocar en ellos la sensación de encontrarse ante algo 'superior' y terrible.

Observando detenidamente las tres escenas relatadas arriba, se perciben en ellas dos elementos comunes: algo que parece vivo, puesto que se mueve y se oye, y al mismo tiempo dotado de un poder muy superior al humano (sobrehumano, sobrenatural), de una fuerza increíble capaz de destruirlos. Estos dos elementos bastan para que aquellas mentes primitivas captasen esos fenómenos como seres extraños, misteriosos y ominosos.

Por otra parte, nuestros antepasados debieron experimentar sentimientos y emociones propios del ser humano ante fenómenos de esas características. En un primer momento tal vez sólo se sintieron aturdidos, confundidos, desasosegados (todas ellas, situaciones de perturbación mental que aparecen cuando no se acierta a explicar lo que está sucediendo). Si el peligro se hace cercano, las emociones pueden llegar al miedo, el terror pánico, el espanto (ahora se trata de una perturbación violenta, una conmoción interior que puede llevar al enajenamiento, al arrebato de los sentidos). Es lógico que, al mismo tiempo, las reacciones fisiológicas aparecieran: escalofríos, perturbación de la vista, relajación de esfínteres (situaciones que acentúan la creencia en un poder extraordinario capaz de influir en sus propios cuerpos). Nada tiene de extraño que a tales reacciones se añadan las actitudes corporales: exclamaciones, gemidos, cabeceos, inclinacio-

nes, contorsiones. Todos esos gestos bien pudieron formar el substrato de lo que más tarde, muchísimos siglos más tarde, constituiría lo que puede llamarse el lenguaje corporal religioso, tan esencial en el rito, y que se conserva incluso en las religiones más desarrolladas: posturas de humillación ante la soberanía de lo sagrado.

Tendríamos así una primera impresión de lo que más tarde se llamó divino, lo totalmente otro en virtud de su fuerza y su magnificencia. Pero hay otras situaciones no dramáticas en las que lo misterioso, lo incontrolable, también se manifiesta claramente: las poderosas aguas de un río o una cascada, la fuerza del viento, las lluvias interminables, los bosques densos y umbrosos, el mar inmenso sin orilla al otro lado, la Luna cambiante, como un rostro extraño, el Sol, magnífico y triunfante, el mismo cielo majestuoso, poblado de noche de innumerables objetos brillantes... Pero no debemos olvidar que esa misma naturaleza sobrehumana y terrible es la que proporciona a los indefensos humanos todo cuanto necesitan para sobrevivir, por lo que al tiempo que se les aparecía como temible lo hacía como protectora. Esta ambivalencia ha persistido hasta hoy, como puede verse en la redacción de los libros sagrados.

Las emociones, dramáticas o no, a que nos hemos referido, pueden producir otras emociones paralelas: asombro, fascinación, la seducción que produce el misterio. Caben también actitudes mentales de dependencia, subordinación, acatamiento, sometimiento, respeto, veneración. Porque ante la evidencia de lo superior nace indefectiblemente el sentimiento primario de la propia pequeñez, de la insignificancia humana, que es, de por sí misma, el fundamento de toda religiosidad.

Hay otras circunstancias que aquellos primeros humanos tampoco podían controlar y que se refieren a su propio cuerpo: enfermedades, sueños, vejez, muerte. Estas situaciones pueden llegar a despertar sentimientos de impotencia ante lo que se perci-

be como situación dramática de la vida, insegura y efímera. Necesariamente también, este sentimiento de precariedad conduce al reconocimiento de la superioridad de los entes naturales y a la necesidad de aplacar su cólera y tornarlos propicios.

Pero esto último pertenece ya al futuro.

Hasta aquí nos hemos limitado a lo que podría ser el fundamento de las creencias religiosas. Debemos recordar que nos hemos desplazado a una distancia considerable. La Historia comienza cuando aparecen los testimonios escritos (hace unos 5.000 años) que constatan la existencia de religiones establecidas. ¿Qué ocurrió durante tan largo espacio de tiempo?

La semilla de la creencia en seres sobrehumanos ya estaba sembrada, como hemos visto. Sería muy interesante poder reconstruir lo que fue sucediendo a través de los siglos. Lamentablemente, sólo podemos hacer conjeturas. Pero con las bases que hemos establecido, y teniendo en cuenta los cambios fisiológicos que debieron producirse en las criaturas humanas, el perfeccionamiento progresivo de las herramientas de piedra, las emigraciones por todo el planeta, la caza en grupos numerosos, la construcción de las primeras viviendas provisionales, la crianza de animales, la siembra, el nomadismo restringido, la sedentarización, el desarrollo de la alfarería, la utilización de los metales y la construcción de los primeros poblados estables, así como los conocimientos más precisos acerca de ciertas regularidades de la naturaleza (la rotación de las estaciones y, por tanto, del clima, el movimiento periódico e influencia del Sol y la Luna, las relaciones ente clima y desarrollo de las plantas, etc., etc.), podríamos servirnos de todos estos datos como indicio para aventurar cómo, por ejemplo, los humanos descubrieron un cierto orden en el universo, cómo fueron distinguiendo diferentes categorías de entidades sobrehumanas atribuyéndoles diferentes facetas de ese orden, cómo ampliaron el concepto de fecundidad humana a la tierra y a las aguas, cómo empezaron a ofrecer las primicias de

sus cacerías y recolecciones, cómo surgieron en diversos lugares personajes dotados de fantasía e imaginación poderosa para idear los primeros mitos o mantener relaciones con los no-humanos, de qué modo empezaron a representarlos y relacionarlos con los animales, montañas, fuentes, bosques, mares...

Casi podría seguirse paso a paso el desarrollo cada vez más complejo de las creencias religiosas. Pero esto constituiría un ejercicio de imaginación poco serio. Sólo hemos pretendido explicar la hipótesis de que *al principio, en el origen remoto de la humanidad, el fundamento de todas las creencias está en la propia naturaleza percibida como una hierofanía, como manifestación de algo por encima de lo humano y totalmente diferente, por unas criaturas que no estaban en condiciones de comprender el carácter puramente natural del universo y sus fenómenos*. Es decir, no es necesario admitir la existencia de divinidad alguna, es la propia naturaleza la que es percibida como divinidad.

A partir de aquellas primigenias experiencias, las ideas religiosas se pudieron desarrollar de una forma u otra, pero, desde luego, en todas partes del globo, con características diversas según el medio geográfico, según las circunstancias sociales y según la propia y personal forma de cada pueblo de interpretar la naturaleza. Sólo así se explica que el fenómeno religioso sea universal y que se den en todas las religiones unos elementos comunes (los mitos y los ritos), y al mismo tiempo se explican las profundas divergencias entre unas religiones y otras.

APÉNDICE 2

TODOS SOMOS ATEOS

Hemos visto lo numerosos que son los diferentes grupos de creyentes. Además, cada uno de ellos se vincula a su propia religión de tal forma que está incapacitado para comprender a los otros grupos, a los que pretende ignorar. A ninguno se le ocurre dedicar un tiempo a estudiar las religiones foráneas con la seriedad propia de quien trata de entender. Más bien se las ve como adversarios.

Existe un enfrentamiento, en parte puramente verbal y teológico, entre religiones, pero en muchas ocasiones transformado en verdaderos conflictos sangrientos. Cada grupo se cree situado en la Verdad, elegido por Dios, que se le revela sólo a él. Los demás sólo disfrutan de una religiosidad puramente humana, de las migajas del interés divino. Y es que, bien mirado, cada uno de esos grupos está constituido por ateos. Se trata de un ateísmo que podríamos llamar relativo, pero, de todas formas, real.

Los primeros cristianos fueron acusados precisamente de ateos por el pueblo, los jueces y los emperadores romanos. Y, efectivamente, lo eran, porque no creían en los dioses grecorromanos, a los que se negaban adorar. Del mismo modo, los cristianos son ateos hoy día respecto del politeísmo hindú o polinesio, del animismo africano, y respecto de los musulmanes. Si preguntamos a un judío o a un musulmán, nos dirán que la **Trinidad** cristiana es una aberración politeísta, no pueden creer en ella. Judíos y cristianos, por su parte, no pueden admitir la existencia del dios Al-lá.

La conclusión es interesante: el mismo hecho de la multiplicidad de creencias en la divinidad, subraya no sólo el origen humano de esas creencias, sino la subordinación fundamental que Dios o los dioses tienen de los humanos. La existencia o inexistencia de los

dioses actuales, como los que proceden del monoteísmo, depende del grupo o confesión en el que nos coloquemos. Un dios existe porque ciertas personas creen en su existencia y participan en un ritual de sometimiento y adoración. Con la desaparición del mazdeísmo, del paganismo mediterráneo y europeo, del politeísmo del antiguo Próximo Oriente y Egipto, del gnosticismo o de las religiones americanas, se demostró hasta qué punto la existencia de los dioses está subordinados a los avatares de la historia humana. Los dioses, si existieran, no desaparecerían por voluntad propia, y menos para dejar paso a otras divinidades.

Pero hay otro dato interesante, la conversión individual de una religión a otra. Supongamos que un hindú se encuentra con musulmanes y acaba creyendo en **Al-lah**. Desde ese momento, los dioses a los que el hindú adoraba dejan de existir para él. Esas divinidades estaban subordinadas a la decisión de un creyente, que ahora se ha convertido en un ateo relativo. Para un musulmán que se convirtiera al cristianismo (algo extraordinario, pues está rigurosamente prohibido en el Islam), Al-lah dejaría de ser un dios al que adorar. Para un cristiano que abrazara el budismo, o la fe del Islam, la Trinidad perdería todo su sentido.

¿Y qué diremos del individuo que habiendo adorado a Dios durante casi toda su vida acaba convirtiéndose en un incrédulo total? Esa divinidad se esfumó de su conciencia, desapareció, como tantos dioses han desaparecido a lo largo de la historia. ¿O qué podemos decir del ateo que abraza un día la fe sino que ha creado en su mente a la divinidad?

Parece razonable pensar que, al depender de la opinión de sólo un grupo, o de una sola persona, la divinidad no tiene una existencia objetiva, real. Bien es cierto que todos creen en la existencia de un ser sobrehumano, pero estos dioses son tan diferentes entre sí que resulta imposible identificar a unos con otros. Con muy buenas intenciones universalistas, algunos han propuesto que se trata de un único Dios que se revela a cada pueblo según

su propia idiosincrasia, pero, en tal caso, no habría inconveniente alguno en creer en todos los dioses, y asistir a cualquier pagoda, templo, mezquita o sinagoga y participar en sus ritos, cualquiera que sea la religión a la que pertenezcamos. Pero me temo que nadie estaría dispuesto a hacer tal cosa.

RESUMEN

Hemos visto una serie de argumentos que, en realidad, son hechos reales que pueden ser verificados: La visión antropomorfa de las tradiciones religiosas, todas ellas, debido a la imposibilidad de nuestra naturaleza para entender lo que no es de aquí; el interés de los creyentes por buscar una causa sobrenatural cuando no encuentran otras causas naturales; las intervenciones divinas en nuestro mundo, imposibles de demostrar; el hecho de que no exista ninguna religión limpia de la influencia de otras religiones, etc.

Pero también hemos hecho intervenir a la ciencia, que nos proporciona un conocimiento importante acerca del funcionamiento de lo que es nuestro mundo: la física. Y hemos dejado constancia de la brutal diferencia que existe entre lo natural y lo sobrenatural del que hablan algunos creyentes: “un misterio tremendo y fascinante”, como escribía Rudolf Otto, o “lo totalmente distinto de lo profano”, según Mircea Eliade.

Al llegar a este punto, nos encontramos con un Más Allá dividido: las creencias politeístas, incluso los libros sagrados de los monoteísmos, lo ven como una proyección de nuestro mundo, la visión antropomorfa de la que llevamos hablando desde el principio, y es necesario buscar una respuesta para cada una de estas posturas teológicas.

Un ámbito sobrenatural **totalmente otro** nos conduce directamente al agnosticismo: Resulta imposible decir nada coherente acerca de él. Se descubre a sí mismo, con solo nombrarlo, como el resultado de nuestra imaginación creadora.

Los dioses y sus acompañantes, todos ellos antropomorfos, nos llevan a concluir que están aquí en nuestro mundo (en el Olimpo, por ejemplo) y todos podríamos ir a visitarlo antes de morir. Pero, sobre todo, acabarían con los monoteísmo.

A pesar de todo lo dicho, lo sorprendente es que las jerarquías religiosas y los predicadores de cada una de las religiones, especialmente los cristianos y los musulmanes, hablan de Dios con una seguridad tan categórica que se convierte, en muchos casos, en intransigencia y agresividad, una postura que no se corresponde en absoluto con nuestras conclusiones. A pesar de ello, todos, incluso los incrédulos, aceptamos con respeto o con acatamiento, según los casos, a las jerarquías religiosas, como si sus representantes fuesen personajes realmente en contacto con la divinidad. Y esta situación se mantiene contra viento y marea.

En algunos países, los gobiernos incluso se basan en esas creencias fantasiosas para gobernar a sus súbditos. En otros, aun cuando sus constituciones pretenden mantener las distancias con las creencias religiosas, **los políticos se muestran obsequiosos y aduladores con sus representantes** para ganarse los votos de esa multitud engañada. Parece que nos sienta bien esa ilusión, como la llamaba Sigmund Freud.



Relación de nombres y conceptos

Abraham, 47

Abd-al-Malik, califa omeya, 75

Agnósticos, 47

Agustín de Hipona, 74, 81, 91

Ahura-Mazda, 89, 92

Al-lah, 18, 19, 34, 49, 63, 75, 88, 93, 108

Alma, cap. 7

Amenofis III, 79

Amón, dios egipcio, 22

Antropomorfismo, 13,
19, 25, 49, 61, 92, 110

Apocalipsis, 76

Apolo, 22

Aristóteles, 15, 50

Asoka, 74

Ateos, 110

Avesta, 72, 73, 93

Baal, dios cananeo, 89

Bhagavad Gita, libro hindú, 72

Biblia,, 18, 40, 52, 59, 60, 62,
63, 77, 82, 103

Buda, 25, 71, 79

Budismo, 25

Calcedonia, concilio, 81

Cicerón, 15

Confucio, 71, 79

Cometa Halley, 44

Canon, (budista, bíblico, coránico) 71; católico, 76, 115

Catástrofes naturales, 20, 61

Confucio, 71, 79

Corán, 16, 18, 19, 34, 49, 59, 63,
71, 72, 75, 77, 94

Chun-Chiu, libro de confucianismo, 71

Descartes, 52

Deuteronomio, 17

Dioses, Actuales, 24

Cambios: 17, 18, 21, 23, 26;

Perdidos: 21

Silencio de Dios, 30;

En la Historia: 42

Eclesiástico, 17

Einstein, 44

El, dios de Oriente Próximo, 89

Encarnación, 79, 80

En-lil, dios sumerio, 22

Espíritu, 45

Evangelios, 72, 82, 83

Éxodo 17, 103

Ezequiel, 38

Flavio Josefo, 85

Filón de Alejandría, 89

Génesis, 16, 17, 51, 52, 59

Gengis Kan, 79

Gilgamesh, 79

Glándula pineal, 52, 53

Hans Küng, 30

Hierofanía, 98
 Holbah, barón de, 60
 Holograma, 46

 Inana, diosa sumeria. 22
 India, 24, 25, 72, 89, 94, 95
 Inmaterial, 44 a 47,
 Inspiración, 76, 78, 97
 Isaías, 41, 38
 Isis, diosa egipcia, 22
 Islam, 95

 Jenófanos, 13
 Jeremías, 40
 Jesús, capítulo 11; 32, 34, 35 38,
 42, 49, 71, 72, 79, 80, 81, 89
 Job 17, 46,
 Josefo, 85
 Juan, 38, 76, 82, 84
 Juan Pablo II, 44
 Jueces, , 48

 Kaaba, 88
 Koldewey, R, arqueólogo, 23
 Kramer, arqueólogo, 13
 Krisna, 25, 38, 78
 Küng, Hans, 30

 Lao-Tsé, 79
 Lenguaje, precariedad del, 36,
 37, 43
 Libros sagrados, 92
 Lucas 48, 80

 Mahoma, 18, 38, 71, 88

 Mani, 71
 Marduk, dios Oriente, 22
 María, virgen, 80
 Mateo, 80
 Miles, Jack, 59
 Mircea Eliade, 90, 97
 Moisés, 32, 33, 34, 38, 45, 103
 Mormones, 73
 Mosterín, Jesús, filósofo, 58
 Mutazilíes, teólogos Islam, 30

 Naturaleza, 43, 62, 65, 67, 96,
 97, 99
 Nefesh, soplo, 51
 Newton, 44
 Nuevo Testamento, 18, 48
 Números 16

 Osiris, dios egipcio, 22
 Otmán, tercer califa, 75

 Padres de la Iglesia, 94
 Partenogénesis, 80
 Perseo, 79 , 81
 Piñero, Ant. Prof. de filología
 griega, 89
 Platón, 51
 Popper, Karl, filósofo, 43
 Prehistoria, 21

 Quetzalcoalt, dios de la cultura
 mesoamericana, 23

 Religiones, origen: apéndice 1;
 cap. 10 y 11

Sagan, Carl, , 59, 64, 66
Sectas, 25, 74,77, 88
Sincretismo religioso, 24
Smith, Joseph, fundador de la
 iglesia mormona, 73
Stenger, Víctor, físico 31
Sumerios, 13, 70

Talmud, escritura hebrea, 94
Tanah, Biblia hebrea, 47, 51, 71,
Tao, camino, taoísmo, 93
Tao-te-king, 71, 73
Thomas Paine, 39
Thor, dios escandinavo, 23
Torres Queiruga, A., teólogo, 30,
 32, 37

Trinidad, 18, 25, 73, 79, 80, 81,
 82, 85, 108

Universo, capítulo 8; 29, 31, 42,
 43, 44, 57, 58

Vedas, 73, 115
Vida, capítulo 9
Viracocha, 23

Yahvé, 16, 17, 18, 47, 48, 52, 62,
 89, 102, 113, 115

Zeus, 15, 22, 79
Zoroastrismo, 89

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Andrae, Tor: Mahoma, Alianza
- Armstrong, Karen:
 - Una historia de Dios, Paidós
 - Buda, Mondadori
 - El Islam, Mondadori

- Asimov, Isaac:
 - La tierra de Canaán, Alianza
 - Guía de la Biblia, 2 tomos, Plaza y Janes

- Cousin, Huigues: La Biblia griega, Verbo Divino

- El origen de las grandes religiones (Historia Universal, Salvat)
- E. O. James: Historia de las religiones, Alianza

- Fierro Bardají, Alfredo: El hecho religioso, Salvat
- Finkelstein, Israel (director del Instituto de Arqueología de la Universidad de Tel Aviv) y Neil Asher Silberman (arqueólogo israelí), Siglo XXI
- Friedman, Richard E. ¿Quién escribió la Biblia? Martínez Roca
- Fromm, Erich: El dogma de Cristo, Paidós

- Gerard, Andre-Marie: Diccionario de la Biblia, Anaya
and Mario Muchnik
- Gil, Rodolfo: Magia, adivinación y alquimia, Salvat
- Giner, Salvador: Sociología, Península
- Grelot, Pierre: Los targumes, Verbo Divino

- Historia de las religiones Siglo XXI, 12 tomos

-Jasper, Karl: Los grandes maestros espirituales de oriente y occidente, Tecnos

-Kramer, S, Noah: La historia empieza en Sumer, Orbis

-Lings, Martin: Muhammad, Hiperión

-M. G^a Escudero: Problemática de la Biblia, BAC

-Marco Tulio Cicerón: Sobre la naturaleza de los dioses

-Miles, Jack: Dios, una biografía, Planeta

-Mircea Eliade:

H^a de las creencias y las ideas religiosas, 3 tomos Paidós

Diccionario de las religiones, Paidós

Lo sagrado y lo profano, Labor

Mito y realidad, Labor

-Ott, Ludwig: Manual de teología dogmática, Ed. Herder

-René Metz: Historia de los Concilios, Oikos-Tau

-Robert Graves / Ráphael Patai: Mitos hebreos, Alianza

-Rodríguez Andrados, J.: Mitos clásicos, Salvat

-Saddhatissa, H.: Introducción al budismo, Alianza

-Vidal Manzanares, César: Alianza

Diccionario de las tres religiones monoteístas,

Libros sagrados:

-El Talmud

- Bhagavad Gita, Ed. Sirio

-Biblia de Jerusalén

- El Corán, Herder

-Libro de los muertos, Distri. Mateos

-Tao-te-ching, Orbis

